

Por MENENDEZ Y PELAYO

Homenaje de "El Debate"

En el TEATRO de la PRINCESA

ANTE UN PÚBLICO SELECTÍSIMO Y NUMEROSO SE HONRA LA MEMORIA DEL SABIO

Los elocuentísimos oradores reverendo padre Zacarías Martínez y Sres. Pidal y Mon, Vázquez de Mella y nuestro Director, Angel Herrera, pronuncian hermosísimos discursos en honor del maestro. Artículos de Ricardo León y Rodríguez Marín.



D. Juan Vázquez de Mella.

Recuerdos de ingratos si no comenzamos la triunfante resaca de la gloriosa velada que en honor del eximio maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo organizó y celebró EL DEBATE...

presintieron los latinos, pero que no se mostró en todos los esplendores de su foco y luz original ni en las inagotables aguas inexahuribles de su fuente y manantial primero...

Nunca como ayer sentimos vibrar una muchedumbre á impulsos de aquellos tres grandes amores que recogió el lema de los Juegos florales: Fides, Patria, Amor. Fides. La fe católica que informó y caldeó todas las obras del autor de los Heterodoxos y toda su vida...

Esa belleza humana, reflejo y participación de esta divina, es la que esclarece y exorna y eleva los libros que el eminente polígrafo estudió de nuestra literatura nacional y los que él escribió para estudiarlos...

Mas como tratándose de un escritor, de un sabio nacido entre el Pirineo y el Estrecho, no cabe hacerse obra católica, sin hacerla á la par española (que nuestra Patria se formó, creció, culminó y se derramó por todos los continentes conocidos y aun los descubrió nuevos, para hallar suficiente ocupación á su actividad incansable...

Alguien de los elocuentes oradores que nos electrizaron con la magia de su palabra demostró que Menéndez y Pelayo es prueba y monumento de que entre la fe católica y el verdadero saber, no sólo no existe oposición, antes estrechísima y fraternal alianza, porque en los libros del coloso no hay error viejo ni moderno que no se contemple cara á cara, sin miedo ni flaqueza, para luego refutarlo y pulverizarlo al claror de la doctrina ortodoxa...

Todos estos fueron los propósitos de los organizadores, que, lo decimos con el alma llena de gratitud á nuestros amigos, creen haber conseguido en lo que hasta ahora podía cumplirse, y esperan conseguir en lo que necesita como aliados de los dos factores: tiempo y espacio. Así entendieron practicar el consejo de los libros santos: Laudemus viros gloriosos et parentes nostros.

RAFAEL ROTLLAN

Antes de comenzar.

Y por último: ¡el amor, la belleza! Menéndez y Pelayo fué artista, fué poeta, excelsio poeta; fué un enamorado de lo bello, un devoto de la hermosura, de esa gran hermosura que columbraron los griegos y

EL DEBATE y acude al acto, llenando palcos, butacas y anfiteatros. La cortesía española permite á las damas ocupar con toda comodidad, primero, las plateas; después, los palcos entresuelos; últimamente, los principales y los segundos. Llenas ya, materialmente atestadas las localidades preferentes, verificase ordenadamente la ocupación de las butacas, de las delanteras de anfiteatro, de los asientos de éstos, de los espacios laterales entre plateas y butacas, de los pasillos, del vestíbulo, de todos aquellos lugares donde, no ya sentadas, sino de pie, estrujadas, incómodas, pudieran las personas asistentes escuchar voces sabias, recordar hechos grandes, el conjunto de frases elocuentes y hacer sus espíritus en un ambiente de glorias pasadas que tienen, sobre todo y ante todo, la fuerza poderosa de un vigoroso estímulo. Las grandes fiestas teatrales no vieron seguramente nunca el precioso teatro de la Princesa tal como se ostentaba en la tarde de ayer.

Entre el público, compacto, brillante, vario, veíase la más fiel representación de cuanto notable existe en el mundo madrileño.

Clero, aristocracia, Banca, periodismo; ciencias, arte, belleza, todo, y mucho y bueno de todo llenaba el teatro y se unía en espíritu á los oradores, á los lectores, á cuantos con su gestión activa tomaron parte en el acto para recordar una vez más una memoria inolvidable siempre. En un palco entresuelo asisten los Prelados de Madrid-Alcalá y Sió y el provisor de la Diócesis, Sr. Vales Faílde.

El teatro. Su empresa.

Merece una especialísima mención y un voto de gracias la empresa del teatro de la Princesa. Con patriótico desprendimiento puso á nuestra disposición el coliseo con todos sus comodidades, luz, acomodadores, decorado, etc. Obra personal del representante de la empresa, Sr. Soriano, fué el arreglo del escenario. Huyendo de rancias costumbres, quitó á la escena todo lo que era funebre, y se unió á las diversas partes del programa en un amplio salón severo, en cuyo centro se alza la mesa presidencial cubierta de rojo terciopelo, coronada por artística grana llena de luces, adornada por ricos candelabros con pantallas estilo Imperio y rodeada por las altas personalidades que presiden el acto. Suavísimos sillones de tapiz y gran número de sillas Benay las tres terceras partes del palco escénico y sostienen á otros tantos invitados.

A la derecha del público, y sobre un sencillo pedestal rojo, se eleva el busto del maestro.

En el vestíbulo, un retrato al óleo, de gran tamaño, recibe el primer saludo de los visitantes.

Ayer tarde, el Sr. Soriano resolvió el problema de la ubicuidad, logrando estar á un solo tiempo en el foyer para procurar el ma-

yor orden en el reparto del público; en el saloncillo para dedicar su atención á los grandes hombres que allí esperaban la hora del comienzo; en todos los lugares del teatro, para prevenir cuanto fuere preciso.

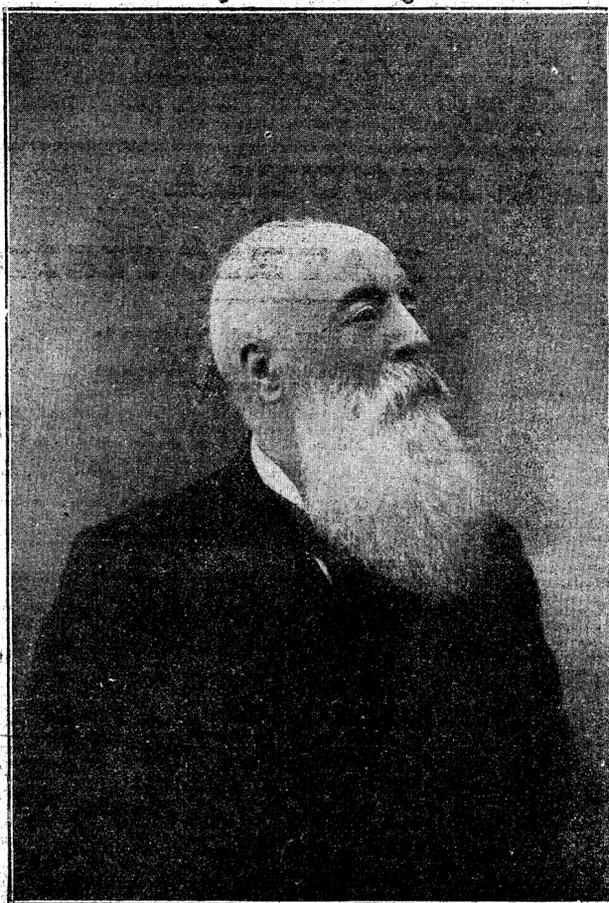
EL DEBATE no encuentra frases apropiadas para significar á los empresarios del teatro, los eminentes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y á su distinguido representante el Sr. Soriano, cuan grande es su gratitud por el servicio prestado.

Y si algún pensamiento pudiera escusarnos en ese no saber cómo expresar espontáneas gratitudes, será sólo el de ver, como cosa natural y lógica, la adhesión de los distinguidos empresarios del teatro de la calle de Tamayo á todo acto que signifique patriotismo y veneración al santo recuerdo de un sabio español, de una gloria nacional.

Algunos nombres.

La presidencia fué ocupada por D. Alejandro Pidal, que tenía á sus lados á los padres Zacarías Martínez y Mir, D. Francisco Rodríguez Marín y D. Juan Vázquez de Mella.

En el estrado tomaron asiento los señores Sres. Allende, Bofarull, duque de Bailén, general marqués de Polavieja, Conde y Luque, Polo y Peyrolón, marqués de Cerralbo y Simocena; diputados Mazarrón, Felici, marqués de Lema y conde de Rodezno; los testamentarios del Sr. Menéndez y Pelayo, Sres. Rodríguez Marín y Cadrán de la Pedraja; el Sr. Rodríguez San Pedro, presidente de la Academia de Jurisprudencia; el Sr. Castillo Soriano, representante de la Biblioteca Nacional; los Sres. Bahía y Gómez Landero, por el Centro de Defensa Social; los académicos Rodríguez Mir, Gamero, Fernández Betencourt y Salcedo, los señores Filiana y Silveira, de la Juventud del Centro de Defensa Social; los directores de El Universo, El Siglo Futuro, Diario Montañés y El Correo Español, Sres. Blanco, Senauté, Quintana y Morales; los catedráticos Sres. Moya, Alalás, Vera y Castilla; el rector de las Escuelas Pías, el Sr. D. Juan Benigno de El Pardo, el hermano Benigno de los trinitarios, el padre Casimiro González, el padre agustino Segura, el padre Crespo y Félix, representando á El Iris de Paz, y padre del Corazón de María; el padre Wenceslao, de los Carmelitas; el superior de los redentoristas; el padre Lorenzo, agustino; el padre Carmelo Arbid, de los Sagrados Corazones; los padres jesuitas Pérez del Pulgar y Díaz Torres; el padre mercedario Vázquez; el Sr. D. Lino Rodríguez, por el Seminario; D. Calisto Andrés, por el Patronato de San José; García de la Hoz, Tovia, conde de Doña Marina, conde de Orgaz, Montero (D. A.), Andrés (D. A.), Marín, Gudiño, Ortega Morcón, Gamazo (D. T.), Corsio, marqués de Villacázar, Marín, Lázaro, Dolz, muchos más, que no recordamos, y el director y los redactores de EL DEBATE.



Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

DISCURSO DE D. ANGEL HERRERA

El director de EL DEBATE pronuncia el siguiente elocuentísimo discurso:

SEÑORAS: SEÑORES:

No he de detenerme vuestra atención por mucho tiempo; no he de pronunciar más que dos palabras; y las pronuncio porque es en mí en esta ocasión un deber; pero he de ser muy breve, porque esperaré todos, con la impaciencia que es natural, oír voces más elocuentes, más autorizadas y más sabias que la mía.

El mismo sentimiento por la muerte de Menéndez y Pelayo parece impuñarme más á callar que no á hablar. Porque Menéndez y Pelayo era para nosotros los mallorquines un miembro de nuestra familia y, como decía muy bien su hermano D. Enrique Menéndez en la carta dirigida al Ayuntamiento de Santander, dándole las gracias por los honores hechos á D. Marcelino, el deber de toda la ciudad no era más que una prolongación del dolor de la casa.

Aunque ordenado en sus afectos, siempre dejaba en segundo lugar á la Patria chica, para ser antes que todo y por encima de todo español, para enlazar primero á la Patria grande. (Muy bien.)

Algo de esto quisiera hablaros hoy, muy brevemente, algo del patriotismo de Menéndez y Pelayo; pero no considerando al Menéndez y Pelayo investigador de los tiempos pasados de nuestra Historia y nuestra Literatura, sino al Menéndez y Pelayo frente por frente de la España actual, de la España caída y pobre de los siglos XIX y XX.

Porque decidme: si todos llevamos clavado muy adentro en nuestro corazón de españoles el sentimiento de vernos hoy tan pobres, tan poco considerados, tan distintos de lo que fuimos, tan otros ante el mundo de lo que hemos sido, ¿cómo es posible que aquel hombre, tan bueno y tan sabio, con cuyos profundos conocimientos de los siglos pasados podía mejor que nadie medir el abismo que se para á la España actual de la España antigua, cómo es posible, digo, que aquel hombre no tuviese también muy íntimo y muy profundo el dolor y el sentimiento de ver á España tan postada como hoy día se encuentra? (Muy bien.)

Más aún: si todos llevamos en nuestra cabeza y en nuestro corazón una solución para los males de la Patria, ¿cómo es posible que Menéndez y Pelayo no aportara también la suya, más autorizada que la de nadie y más nos apasionada que la de ninguno? ¿Cómo es posible que dejara de hacer girar su voz en este campo de Agramante, y que mejor homenaje podrá tributarle yo, ni cómo podrá aprovechar mejor el tiempo de que dispongo que recordando aquí, para que sea un intervención lo más eficaz y práctica posible, lo que el maestro sintió ante esta España y el remedio que preconizó para sus males? No, jamás ni creáis que voy á descender

á otro terreno impropio de esta reunión, de este lugar y de la ocasión en que nos congregamos. Ya sabéis que Menéndez y Pelayo se meció siempre en las elevadas regiones, en las cuales nunca había llegado, nunca llegaba el apasionamiento que á otros hombres divide; y como es natural que lo que de él diga lo diga con sus propias palabras, puesto que son insustituibles, permitidme que os lea dos párrafos, nada más que dos párrafos, de uno de sus maravillosos discursos y que haga luego un breve comentario y con esto concluya. Los párrafos á que me refiero son los dos primeros del maravilloso discurso que escribió Menéndez y Pelayo para el homenaje al gran Jaime Balmes en el centenario de su nacimiento. En ellos considerará Menéndez y Pelayo la situación de España cuando nació Balmes y la compara con la situación de España al cabo de un siglo, y en ellos también da una íntima lección de alta política, que yo quisiera que todos vosotros llevarais muy grabada dentro de vuestro corazón. Escuchad las palabras del ilustre maestro:

«Providencial parece, y lo es sin duda, que la conmemoración del natalicio del gran pensador cristiano, gloria de España en el siglo XIX, coincida con la terrible crisis espiritual que nuestro pueblo está atravesando en los albores del siglo XX. También eran días de angustia para la Patria aquellos en que nació Balmes, pero eran días de grandeza épica, de abnegación sobrehumana, era que la conciencia nacional estaba íntegra y no desgarrada, como ahora, por pasiones frenéticas y sectarias. Ejército extranjero hollaba nuestro suelo, y un corto grupo de innovadores audaces levantaba la primera tribuna política, á la sombra del glorioso alzamiento nacional. Pero ni el invasor era dueño de más tierra que la que materialmente pisaba, ni el fermento de la idea revolucionaria, con ser un principio de discordia, bastaba á amenegar el heroísmo de la resistencia. Todavía España tenía un corazón y un alma sola cuando de la salud de la Patria se trataba; y los mismos que por su educación ó por influjo de extrañas lecturas parecían más apartados de la corriente tradicional se dejaban arrastrar por ella, confundidos generosamente entre la masa de sus humildes conciudadanos. En aquella federación espontánea y andrúgica, que surgió como por ensalmo de las entrañas de un pueblo atargado, pero viril, todas las voces de la antigua Iberia volvieron á resonar con su peculiar acento, organizamos que parecían muertos ó caducos; surgieron con todos los bríos de la juventud, y una inmensa explosión de amor patrio, confiada, irresistible, corrió desde las playas de Asturias hasta la isla gaditana, volviendo á unir las regiones, no con el ya



Reverendo padre Zacarías Martínez (O. S. A.)



# Menéndez y Pelayo, artista

## Brillantísimo discurso pronunciado ayer en la Velada por el Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal y Mon



D. Ramón de Solano y Palanca.

# EL "ZABER" DE MENÉNDEZ Y PELAYO

Por el Bachiller Francisco de Osuna.

Al mediar el último decenio del siglo XIX mi maestro y maestro universal D. Marcelino Menéndez y Pelayo, solía pasar en Sevilla una ó dos semanas del mes de Abril. No iba á divertirse en aquella renombrada feria, ni á gozar de aquella luz y de aquellos aromas de un paisaje que dejaría mañana al de mañana; iba á lo que va á todas partes: á ver libros, á extraerlos en breves notas, y, especialmente, á trasladar su jugo al portentoso cerebro, por medio de aquella mirada de águila. ¡Porque hay que ver á D. Marcelino!

Habíale caído que hacer en Sevilla, aun más que en las bibliotecas públicas de la ciudad, con ser tan buenas, en dos particulares muy abundantes de libros peregrinos: la del duque de T'Serchaes de Tilly y la de su hermano el marqués de Jerez de los Caballeros. Sólo por la noche, en la tertulia del duque, daba alguna paz á la pluma el maestro venerandísimo. Alguna, digo, porque aun allí, al paso que hablaba afablemente con todos con la gentil llaneza tan propia de un verdadero sabio, repasaba, burla burlando, muchedumbre de impresos y manuscritos, sin distraerse ni de la conversación ni de su tarea, como si tuviese dos atenciones distintas, hijas de dos entendimientos diversos.

Allí, entre otros, alguno forastero como D. Basilio Pizarro, opulento terrateniente de Extremadura, grande amigo y admirador del torero Guerrita, y hombre culto á la par, que lo mismo lanceaba un toro que de caza versos y cantaba alboradas gallegas y fados portugueses; allí, entre otros, digo, Gómez Imaz, Montoto, Hazañas, Valdeñero, Gestoso, Chaves y los hoy difuntos Torre Salvador (*Micrófito*) y Serrano Selles, y yo con ellos, pasábamos la velada, bebidos, escuchando á aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el maestro no dejase de maravillarnos con su sobrosísima habla, maná que serrano á mil cosas, todas exquisitas. Tocaba Serrano en punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez Avieno Vallés. ¿Nombraba D. Luis Montoto á algún poeta de Sevilla oscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para D. Marcelino; antes contaba de pe á pa su vida y milagros, y nos recitaba á la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del doctor Torres Villarreal, de su *Diálogo con el ermitaño* y de la piedra filosofal, y tomó ese hilo el maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablando de Alquimia y de Platón; como que él había favorecido al benemérito Luanco, dándole á conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia en España*.

Pues, con todo esto, no faltó quien pusiera en tela de juicio el pasmoso saber de Menéndez y Pelayo: una pulga (y no es toda metáfora en esta frase) se atrevió á medir al águila caudal con sus diminutísimos ojos, y ¿quién lo imaginara? á medirse implícitamente con ella. ¡Para que demos gracias á Dios porque ha hecho de todo en el mundo!

Al llegar la feria de uno de aquellos años, los amigos de la tertulia conviniémos en llevar á almorzar al maestro fuera de la ciudad, á la por cien estilos famosa Venta de Eritaña. Y allá encajamos. Era una mañana espléndida del Abril sevillano, al cual ningún otro Abril le echa el pie delante. Entramos en el amplio jardín de la Venta para ocupar el merendero que nos habían preparado y al pasar junto á otro en que se disponían alegremente á almorzar con varios amigos unos toreros de la cuadrilla del Guerra, nos salió al encuentro el buen Brulio Pizarro, que con ellos estaba. Hicéronos entrar y nos detuvimos allí un poco, gustando unas copas que nos ofrecían y charlando cada cual con quien encartó. Uno de los de coleta, me

dianillo de cuerpo, que banderilleaba en la cuadrilla del *Califa*, y que lucía media libra de oro en la cadena del reloj y relumbraban diamantes en la pechera, miró con curiosidad á D. Marcelino y, advirtiéndolo Pizarro, le dijo á media voz: —¿Tú sabes quién es ese? —¿Quién es?—pregunté respondiendo el que, por no dejar la metáfora, llamaré *Pulga*. —Ese es... ¡casi nadie!—dijo D. Brulio con un mohín de encarecimiento.—¿Tú ves que el Guerra es una Catedral...? Pues este hombre es un Alcázar y las pirámides de Egipto. Es... Menéndez Pelayo. —Volví á mirar al maestro el de la coleta y dijo á D. Brulio con naturalidad candorosa: —En mi zipertera bía lo oí mentá. ¿Y qué es? ¿Es general? ¿Es quisás mestizo? —No, hombre; no es general ni mestizo —repuso Pizarro;—pero ahí donde tú lo ves, tan humilde en su aspecto, es el sabio más grande que hay en toda España y uno de los primeros del mundo. —Miró entonces nuevamente el torero á don Marcelino, esta vez despacio y con mirada escrutadora, midióle con ella de pies á cabeza lentamente, mientras daba una gran chupada al chicoté, y después de arrojar el humo por donde fumaba y escupía, por junto al colimillo izquierdo, volvió los ojos á su interlocutor para preguntarle entre incrédulo y desdenoso: —¿Y qué es lo que sabe ese hombre? —Fue un juicio, un señor juicio el del torero. —En tiempos pasados, cuando las gentes creían en la otra vida—que hoy eso anda perdido—sólo había un negocio digno de toda la atención del mundo: la salvación del alma. En los menguados tiempos que ahora corren hay únicamente otro negocio principal: el hacerse rico, sea como quiera. ¿Y qué sabe quien no sabe eso? —Así, pues, tenía mucha razón el hombre cillo de la coleta. ¿Qué es lo que sabe ese hombre? —

El Bachiller Francisco de Osuna.

## ESTILO IDEA L

La crítica literaria fué elevada por el gran maestro á la cima del encarecimiento. No se limitaba Menéndez y Pelayo á examinar una obra á dar su opinión acerca de la misma, como, más ó menos disimuladamente, hacen muchos críticos, que por tales aspiran á ser tenidos. Su trabajo era algo más exquisito, más elevado, más ideal y al mismo tiempo mucho más profundo. Bien es verdad que el caudal de su ciencia y su condición, que la arcañada de la esfera de los sabios para llevarla á la privilegiada de los genios, no eran armas que estuvieran al alcance de todo el mundo. En sus escritos había logrado escaparse á la sugestión que sobre todo lector ejercen el estilo, la manera ó las costumbres de lo leído, y trataba toda cuestión con tal claridad, con tal transparencia, que, á través de la frase limpia, diáfana, veíase lo tratado en todo el mundo de su pureza. El estilo del difunto era la claridad misma. Con razón lo comparó el catrincón señor Bonilla á un limpijo cristal, á cuyo través se realiza la observación sin que el cristal sea tropiezo. Al leer sus escritos, la atención no se extravía en la parte subjetiva de ellos. Es atraída por la cuestión solamente. Y contento con ese modo de producción, decía el gran hombre cuando trataba del estilo: —El verdadero, el mejor estilo, consiste en no tener ninguno.

Al levantarse el Sr. Pidal y Món fué objeto de una estruendosa ovación. Su brillantísimo discurso fué el siguiente:

Heraldo desde su más tierna juventud y casi desde los umbrales públicos de su existencia, del sabio por antonomasia español D. Marcelino Menéndez y Pelayo, al vibrar hoy por milésima vez los acentos de mi palabra en su honor en todos los funerales de su cadáver, como antes en todos los sucesivos derroteros de su vida y en todas sus ascensiones por la escala de la inmortalidad, no puedo menos en estos solemnes instantes de repetir las palabras con que hace ya más de veinte años empecé su pública presentación en una de las Reales Academias en que tuve el honor de apadrinarle, exclamando: «He presentado ya tantas veces al público al señor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que al levantarme hoy en nombre de esta ilustre Corporación á darle la bienvenida en su seno, me parece como que obedezco á una costumbre más que á un deber, y que más que una obligación estoy desempeñando un oficio.»

Y si ya entonces tuve que excusarme de repetir por centésima vez los títulos que le consagraban á la pública admiración y los timbres que avalaban su ingenio, ¿qué no tendría que decir hoy en abono de mi interminable pesadé si repitiera de nuevo los pregones con que proclamé el primero la aparición de su sabiduría en el mundo, los retos públicos y solemnes con que emplacé á todos sus enemigos y adversarios á lucha á cuerpo mortal, en todos los abertos palenques, á la polémica y discusión de sus méritos, regañados entonces con saña y con mala fe; los apremios y encomios con que forcé en su templo mismo á la ley, para que le permitiera exhibirlos en arduas y retidas oposiciones, y los aplausos y los toques sonoros de clarín y de parche con que le batí marcha real en todas sus ascensiones gigantes por los caminos de su gloria?

Si, ya entonces me vi obligado á prescindir de los repetidos elogios, preguntando á los que me escuchaban atenciosos: «¿Qué habré de decir que no séis? ¿Os hablaré acaso de su portentosa erudición, fruto de su estudiosa asiduidad y de su felicísima memoria? ¿Os hablaré de su ingenio para deducir de los datos de su erudición las leyes de su sistema? ¿Os hablaré de la difícil facilidad de su estilo y de sus temibles y brillantes condiciones de polemista y escritor? ¿Os hablaré de su inspiración y de su numen clásico de poeta?»

Ya que todas estas trincheras en que se hizo fuerte sucesivamente la envidia, para que le quitara la admiración, han sido ya totalmente abandonadas en la fuga, y sobre cada una de ellas queda, á modo de victorioso pendón, una página de oro en forma de obra maestra monumental que proclama ya su soberanía en todas las facultades que concurren á la producción del genio literario.

Erudito, pensador, escritor, polemista, poeta, los respectivos templos del saber le han consagrado ya en sus altares como la imagen de un numen de su Dios. No esperéis, pues, ya, señores, de mí la detallada descripción de sus facultades orgánicas, la minuciosa narración de sus proezas eruditas, la interminable enumeración de sus triunfos y de sus obras, el análisis ordenado de sus doctrinas diversas, ni nada que sea la interminable repetición de lo tantas veces dicho, escrito y cantado por mí en discursos, periódicos, en revistas, en folletos y en libros, ya en elogios y en ensayos de su saber, ya en polémicas con él mismo, en desenfocados combates por mis ideales científicos, ya en exposiciones sinceras de la nobilísima verdad, que al fin se impone con el tiempo, ahuyentando y disipando el error. (*Grandes aplausos*)

### Ante la verdad.

Hoy por hoy, intentaré tan sólo erigir sobre el pedestal de mármol de su misión providencial en la Historia, la figura de bronce de su genial personalidad literaria, con la antorcha de su numen científico en el despejado y no acudire por esto á hipótesis retóricas, ni atenuaré tampoco la verdad de sus reales merecimientos. Lo segundo, sería una falsedad repugnante. Lo primero, una desproporcionada contraproducente. La belleza serena de la realidad ideal, no consiente mutilaciones de su cabal integridad, y los dioses y los héroes de las mitologías paganas, no han querido, sino que han ganado infinito en unidad y armonía, cuando el genio helado por los modlos, reduciendo á las gallardas proporciones humanas las fantásticas y absurdas y monstruosas desproporciones de aquellas diosas de cien mamas, y de aquellos héroes divinos de diez cabezas ó de ciento, y de cuatro brazos y de dos mil codos de altura, que tenían por su ojo derecho al Sol y por el izquierdo á la Luna. Cuando oigo colocar á Marcelino Menéndez Pelayo como un igual superior á Agustín y Santo Tomás, me parece que pretendié colocar el Apolo del Belvedere, para que se viese y se admirase mejor, entre las dos pirámides de Egipto, como si pudiese haber paridad entre la inmensidad de las moles de las construcciones faraónicas del genio egipcio y las armoniosas líneas del antropomorfismo griego de Filadelfia. Pues lo mismo sucedió con los genios divinos, colocados en la estructura de la potente de Dios, como hitos fundamentales en los lideros de la Historia y los genios soberanos, pero humanos al fin, enviados por el mismo Dios para enseñar á los hombres de cada generación los derroteros que marcarán eternamente esos hitos. El mismo Sol, con ser Sol, resultaría empujado si en vez de contemplarle como rey de nuestro horizonte visible, le colocáramos para mejor, allá entre los astros inmensurables que forman con sus núcleos incandescentes el centro físico de todo el sistema sideral. (*Muy bien. Aplausos.*)

Goceémonos, pues, en la vida y propia y serena luz de la estrella de Menéndez Pelayo, y contentémonos con ella, sin elevarla donde no la podamos gozar, fuera de la curva feliz de su órbita luminosa.

### Una misión providencial.

A Menéndez y Pelayo le basta y le sobra para su gloriosa inmortalidad con haber sido forjado y preparado por Dios para la misión providencial que llevó á cabo de reivindicar los fueros intelectuales y científicos de la Religión y de la Patria, ostentando á las miradas extraviadas de la Humanidad el monumento espléndido y colosal de la *Ciencia Española*, brotada á la sombra augusta de la Cruz, iluminándola con los rayos de oro de su saber, irradiados del sol brillante su genio. (*Aplausos.*)

Todos sabéis á lo que he dejado reducida la Patria la infame guerra de sucesión, la gloriosa guerra de la Independencia y las sangrientas guerras civiles, que asolaron toda España. Al erial artístico, literario, monumental, social, histórico y científico, sólo le había quedado por adorno sus ruinas, y aun éstas, sin otra sustentación que las yedras de sus piedras desmanteladas. Y sobre estas ruinas sólo resonaba la voz de las memorias extrañas que se venían de nuestros

gloriosos adquiridas por nuestras letras y nuestras armas, sobre las suyas, vencidas, acusándonos de barbarie, de ignorancia y ferocidad.

### Un recuerdo.

Y estas acusaciones, traducidas al español y cantadas por españoles que creían hacer acto de patriotismo deshonrando á su madre España, al servicio de sus contrarios. ¡Específico de mayor barbarie, no creo se haya visto jamás! Sólo puedo dar una idea más clara de él, recordando la impresión que, entre otros muchos santuarios profanados ó derruidos, me produjo el histórico y celebrísimo de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando detuve mi caballo enfrente de su ruina brutal.

Aquel monumento glorioso, artístico, nacional, había sido vendido por un poco de mal papel en pedazos cortados desde la cúpula al pavimento, como las rajás de un melón en un mercado de legumbres. Su magnífica librería se había desparamado y perdido al sol, esparcido entre los jarales vecinos. Sus alhajas se habían dispersado también... y en una brecha inabierta en un muro interior, al descubrimiento, por el derribo de una de las rajás del templo que había aprovechado el comprador para escombros, campeaba en tinta negra este letrero, que leí con espanto y sobre las paredes del templo, desierto y desmantelado: *Teatro de la Ilustración Nacional. (Grandes y profundos aplausos.)*

Y lo más gracioso del caso, es que se sostenía muy en serio que la barbarie no era el latrocinio, la proserpición, la profanación, el saqueo, la mala venta, el derribo estúpido del fragmento del monumento nacional, deshonrado por el irónico letrero. Eso no. Lo bárbaro era la religión que había fundado aquel santuario, los religiosos que habían levantado el templo y escrito y conservado aquellos Códices y aquellos libros, y adquirido y hecho pintar aquellos cuadros y aquellos frescos perdidos. Y se repetían aún cantando y chocascarillos sobre la ignorancia y la holgazanería de los frailes, como me decía un señor que se había pasado la vida comiéndose muy en paz y tranquilo los pégajales robados y malvendidos del desamortizado convento. (*Ovación que dura mucho rato.*)

Esa era la viva imagen de la España religiosa, científica, artística y social que nos dejó en pie la revolución, hecha por cuatro intriguantes, á los que dejaron franca, fácil y productiva la obra, las divisiones menagrabas y las discusiones con su familia dinástica, y de los católicos españoles que con el sólo hecho de unirse no hubieran dejado aire que respirar á los tristes imitadores de la República francesa, que gracias á esas divisiones, parodiaron su revolución con una facilidad increíble.

Pues bien; sobre el suelo de este desierto, sobre las ruinas desmanteladas en él, con todos los fragmentos arquitectónicos, más ó menos removidos ya por los sabios que habían ido á floriar allí sus destruidos tesoros, en medio de la torpe maquinación y de las brutales sangrientas con su obra levantó Menéndez y Pelayo la grandiosa reconstrucción del templo, del monasterio, de la biblioteca, de las cátedras, de la ciencia, de las letras, del arte, del saber, de la antigua civilización española, y sobre este gran pedestal, ergió á la estatua de su genio. (*Grandes aplausos.*)

### Renacimiento.

La obra asoladora de la barbarie está históricamente conculcada, pero el genio de la ciencia histórica nacional ha extraído de entre sus escombros las ideas, les ha dado forma plástica y luz con el candel de su ingenio y con el fulgor de su estilo, y los espíritus actuales premios, gracias á él, contemplan el espectáculo doblemente significativo de la ciencia de la civilización española y de la barbarie y de la ignorancia feroz, de la impiedad extranjera, traducida en mal español por unos cuantos admiradores de Jansénius, de Descartes, de Voltaire y de Juan Jacobo Rousseau, que habían trocado nuestros gloriosos ideales de la gran Epopeya Española en que se llevó á cabo nuestra misión providencial en el mundo, por los ídolos de Marrat y Robespierre, que había luchado en vano por imponerlos, tantos años de guerra el genio militar de Napoleón. Y todo con la misma facilidad y al mismo tiempo que los grandes de la nación arrancaban casi á pedazos los tapices flamencos de sus salones para sustituirlos con tiras lúcentes de abigarrado papel francés, para mayor luz y elegancia. ¡Tales son los efectos de la incultura social! Y por esa debemos tanta gratitud á los maestros que nos educan con su talento y su saber. Y por eso, reunidos todos aquí rendimos agradecidos aplausos á Menéndez y Pelayo, por su obra maestra, gigante, providencial, que, como acabamos de ver, fué la misión encargada por Dios, á su genio, dotado para esta obra colosal con tan extraordinarias condiciones.

En cuanto á mí, siempre admiraré en Menéndez y Pelayo dos cosas por encima de todas las demás que avaloraban su ser: la soberana estructura de aquella caja cerebral en el camino de la luz, que él mismo desmenuó y el estiramiento de la esencia y de que se elevaba raudal al cielo para robar la fulgura luz de la belleza de los resplandores divinos. (*Muy bien.*)

Su cabeza era el vasto y ordenado almacén de su portentosa memoria, el alcázar de su asombrosa erudición, el palacio de su luminosa inteligencia y el templo de su celeste inspiración. Allí ardía, al lado de la lámpara de oro del saber y de la misteriosa linterna de la indagación incansante, la antorcha radiante del genio, que si no eclipsaba verdaderamente las demás luminarias, tomaba su luz en sus rayos para formar con todos la estela de su ascensión esplendente, que dejaba rastros luminosos detrás, á su paso por entre las constelaciones del cielo, en busca de la belleza de la verdad ideal, que era el bien supremo que arrebatada el amor del alma de Menéndez y Pelayo. (*Aplausos.*)

### Las obras del genio.

Porque si habéis sabido leer en la historia del pensamiento, siempre habréis visto en las obras maestras del genio predominar una facultad y señalar una tendencia. En Sócrates sobresalía el sentido de lo moral; en Platón, el sentido de lo divino; en Aristóteles, el sentido de la realidad; en Zenón, el sentido de la fuerza; en Santo Agustín, el sentido de la unidad; en Santo Tomás, el sentido del orden. ¡Orden que alumbró y que esplende en toda su obra artística, doctrinal desde la identidad de la esencia y de la existencia en el ser que es como clave fundamental de la ciencia, hasta su distinción real en todos los seres por participación que brillan en el orden de toda la creación como reflejo múltiple, pero ordenado, del orden divino de la única soberana unidad. (*Aplausos.*)

Y viniendo ya á nuestros tiempos y desmenuando en la escala de la pública admiración y de la histórica importancia, observámos en Donoso Cortés el sentido de lo magnífico; en Balmes, el sentido de la persuasión; en fray Ceferino González, el sentido de la demostración apodictica, y en Marcelino Menéndez y Pelayo, el sentido de la belleza, perenne, fijo, trascendental. Todos se asombraban con su memoria y se pasaban con su erudición. Los más, celebraban su saber, admiraban su entendimiento y se descubrieron ante sus obras. Los menos, se gozaban en sus versos, y pocos, muy pocos, son los que sólo ven á través del erudito, del sabio, del pensador y del polígrafo el artista. Y sin embargo, esa es á nuestros ojos la clave maestra de la personalidad literaria de Menéndez y Pelayo, la luz á que es preciso mirarle para verle completamente tal como es, orientado á su propia finalidad y en el centro de sus destinos y de la peculiar vocación con que quiso el cielo marcarle.

### Menéndez y Pelayo, creador.

Contemplado bajo este punto de vista, Menéndez y Pelayo se nos presenta más que erudito y más que sabio. Se nos ostenta creador.

Entonces, á sus ojos la ciencia se transfigura en realidad ideal, que se abre y que se descubre y se entrega á su ideal robar; la Historia, clasificada por él como arte, se engalana y se adorna con la leyenda, autorizándola con la pasión más sincera cuanto más encendida y voraz; la crítica tiene voz de altar, de cadalso y de patíbulo también, según lo requiere la integridad de la fábula; y por encima y detrás de todo, el Universo creado por su espíritu creador, aparece el fuego de la inspiración del artista que brota en llamas espléndidas en la fulguración del arte, como la luz del relámpago en las tinieblas, bañando en torrentes de resplandores la belleza serena, pura, ideal, de la concepción de su espíritu. (*Ovación.*)

Por eso sus obras históricas semejan relatos vivos, animados, llenos de fuerza y de pasión y de verdad ideal; sus discursos, himnos sagrados esculpidos en bronce y cantados con firme y sonora voz á la oculta divinidad en el templo sereno de la antigua sabiduría; sus poesías, estatuas de diosas y ninfas en que la nuda verdad se adorna con los ropajes piadosos de la gracia en el numen helado de la escultura; y su doctrina científica, huyendo á áspersos silogismos y disertaciones prosaicas, se envuelve majestuosa en su toga familiar en su claridad, pero siempre para exhibirse inspirada en el tripode revelador de los divinos oráculos dictados á la Humanidad que los acata, obediente á las manifestaciones del Dios. (*Muy bien.*)

Queréis un ejemplo magnífico, singular, que evidencia todo lo que aquí estoy diciendo? Abrid, abrid y leed su soberbio, sublimado y esencial momento, el discurso sobre el arte bello de la Historia, y allí veréis esculpida la personalidad literaria de Marcelino.

### La Poesía y la Historia.

La tesis, como veréis á primera vista, es brutal. Se trata casi de identificar la Poesía con la Historia. Es decir, de despojar á este venerable Maestro de la Humanidad de la aureola de su verdad y del nimbo de su exactitud concienzuda y, es más, de su IMPARCIALIDAD!!!

Para lograrlo, pone en tortura á Aristóteles, retuce toda su potente argumentación, conjura á la realidad para que avergüence ante su poder, por su impotencia, al ingenio y evoca los muertos de sus funebres para aplastar con su maldad ó su virtud á los más célebres engendros de la Poesía y del Arte. ¡Hasta ese extremo de rigor lleva su estrategia verdaderamente infernal!

Y consumado el crimen artístico del suicidio de la verdad y perpetrado el delito del asesinato del conocimiento histórico como *Ciencia*, Menéndez y Pelayo abre con la llave de oro de su saber, de su fantasía, de su estilo deslumbrador las puertas de gracia de sus recuerdos, y en torrente impetuoso y arrollador, en caudalosa y arrebatada corriente, se precipita por sus fauces la interminable y maravillosa procepción de todos los géneros literarios de la humana Historia en el mundo y de todos los historiadores afamados y magistrales de la Humanidad en el orbe. Aquello no deja pensar ni decir. Yo sólo se abatirme, prostrado por aquella soberana visión y caer rendido, si no ante la científica demostración, si no ante la pasión nacional avasalladora, irresistible del imperio despoja de su hermosura. (*Muy bien.*)

Pues bien; yo he meditado largas horas de mis vigilias ante ese discurso colosal; yo he pedido auxilio contra él á los grandes muertos de la Ciencia; yo he ido á golpear con mi frente en los sepulcros de su saber, donde duermen el sueño de la muerte el genio inmortal de su inspiración y la vida impercedera de sus doctrinas. Yo he subido, implorando las grandes santas de altar, pidiendo con oraciones el remedio del cielo para el hechizo, y todo ha permanecido sordo para mí, como si algún genio vengador quisiera condenarme al tormento de no poder encontrarme con la verdad bajo los albores cenales de la belleza, deslumbrado por el fulgor de los rayos de su Hermosura.

Y, sin embargo, el problema está allí visible, patente, amenazador, como la Esfinge en el camino de Tebas, y así que desparado acertando el enigma, ó morir despojado por ella en el abismo. El abismo está en la contradicción del famoso texto de Aristóteles, que afirma que la Poesía es más grande que la Historia porque la Historia es lo que es, y lo que debe ser, la Poesía; lo que equivale para mí, á decir que la Poesía tiene por campo el ideal y la Historia la realidad solamente. Pero Menéndez y Pelayo contradice esta interpretación, pues dice que el arte y la realidad tienen sus leyes naturales, de las que no es posible prescindir sin dar á luz abortos inverosímiles, verdaderos monstruos humanos, sea el que fuere el pedestal en que se les presente en la escena, por donde siendo casi la misma la ley obligatoria de la realidad y del arte, la Historia debe ser artística también, y como artística bella, y como bella apasionada, llena de vida, ideal.

Contra este fallo se revela tirada mi escuela, negando que en la realidad lo que es sea nunca lo que debe ser; y la Historia, no sea de ser *Novela*, debe atenerse á la realidad del ideal mutilado, sencillamente á lo que es.

### Visión espiritual.

Pero Menéndez y Pelayo, identificando lo que es con lo que debe ser en el orden de lo creado, aborda y pone el pie, sin advertirlo ó decirlo, en la región teológica á que podríamos llamar la *Teología de la Historia*; pero no está en esta, ni en la otra, sino que al desmenuar los modelos del arte del Historiador advierte en ellos la tesis de Menéndez y Pelayo triunfante, no ya por la síntesis superior en que teológicamente cambia de aspecto el asunto con la teoría del Mal ordenado al bien supremo del Universo, sino porque el arte supremo es idealizar la verdad, pero sin salir de lo cierto, y entonces pregunto yo: ¿Dónde vio su tesis Marcelino? ¿En Aristóteles? No. ¿En la pura razón? Tampoco. ¿En la solución teológica de los Tales

escalonados para sus ordenaciones al Bien del Universo creado, reflejo de la Hermosura de Dios? Tampoco; pues no lo dice. Entonces, ¿dónde la mira? Y yo no he podido hallar á la pregunta más respuesta que la siguiente: La ve su espíritu artista en las fulguraciones espléndidas de la belleza ideal que á sus ojos de artista soberano es idéntica á la Verdad, pues ambas son el bien del entendimiento; ambas son propiedades trascendentales del ser que se convierten con el ente, y si la verdad es incompleta no puede ser belleza cabal, y si la belleza no es íntegra no puede ser verdadera, y cuando no hay armonía no hay orden; ni belleza, ni verdad, porque no hay ser; y los ideales quiméricos son ideales sin realidad, ni en las esencias actuadas por la existencia, que constituyen la vida, ni en la región ideal de los arquetipos divinos; y acaso fué por esto por lo que dijo Platón que la belleza era el *Esplendor de la Verdad*, por donde pudo acertar, tal vez contra Aristóteles, Marcelino, no por análisis, dirección, observación y abstracciones, sino por intuiciones Platónicas, por adivinaciones Poéticas, por penetración de rayos de luz, por *telegrafía sin hilos*, que tiene por transmisor la *estación de la Hermosura*, y sólo tiene por receptor el *Esplendor del Artista*. (*Prolongados aplausos. Ovación estruendosa.*)

Y basta con este ejemplo total, que es un retrato de cuerpo entero de la personalidad literaria del incomparable Marcelino y una cifra de la intensidad de su genio, sea el que fuere el fallo de la razón soberana en este difícil asunto, para que quede triunfante aquí que el Sabio encerraba dentro de su sabiduría un Poeta, y como ya dijo el clásico que todo poeta lleva en sus adentros á un Dios, nada ya nos puede extrañar de los milagros corrientes en la vida y las obras de nuestro Menéndez y Pelayo, desde sus combates homéricos por el rescate de la *Ciencia Española* y sus *Epístolas poéticas* horacianas hasta sus inabundables oposiciones de mozo y los oráculos increíbles de su saber cuando niño interrogado por maravillosos ancianos. (*Muy bien.*)

### El premio.

A pesar de todo lo cual, hemos de concluir afirmando que, sean los que fueren los fallos solemnes de la posteridad en el porvenir sobre sus facultades intelectuales poderosas, sobre su memoria colosal, sobre su erudición asombrosa y sobre su ordenada y acertada y gloriosa investigación científica, histórica, artística y literaria en las fastas de España y del mundo, Menéndez y Pelayo no cesará á sus sienes, colocada por la mano augusta de la fama, como su corona suprema, ninguna de las diademas de oro que le corresponden por sus múltiples merecimientos en todas las disciplinas humanas, en signo predominante de su intelectual hegemonía, pues así como no es dable elevarse sobre otro pedestal para su globo que sobre el simbólico monumento erigido á la *Ciencia Española*, así no sería justo preferir para orlar con honor su frente otra corona que no sea la de los inmarcesibles laureles del Poeta, que tan soberanamente merece quien acertó siempre á transcribir los austeros testimonios de la Verdad con la luz de los celestes resplandores de la ciencia.

Una cálida salva de aplausos estalla al terminar la lectura de su discurso el señor Pidal.

## DEL MAESTRO

### DEL TIEMPO VIEJO

Recién ganada su cátedra, D. Marcelino tuvo una novia; pero aquellas relaciones acabaron pronto.

Y acabaron así: La amada prenda tenía un hermanito estudiante, que había de examinarse aquel año de Literatura española. El escolar, confiado en la futura cañada, no estudiaba ni jota, no obstante lo cual, la joven y su madre creían, como él, que llegado el caso, no se vendría á casa sin la nota de sobresaliente.

Salió aprobado, nota que sentó lo mismo que un tiro á la madre y á los dos vástagos. Como panteras esperaban que llegara la noche y con ella la hora de la entrada de don Marcelino.

Llegó al fin, y no bien soltó la capa, buena y confortable en las frescas noches de aquel Junio, fué interpellado, y respondió: —¡Aprobado, y gracias! Creí que no había manera de sacarle. ¡Sabía tan poco!

—¿Cómo poco?—gritaron como energúmenos aquellos dechados de amor maternal y filial.

Y cerraron con D. Marcelino de tal manera y con tan poco amorosas palabras, que precipitadamente huyó á la calle, sin capa. Y sin amor, por supuesto.

### ADMÍROSE UN PORTUGUÉS

Estando una tarde en su amena tertulia de los domingos, Julio, su fidelísimo sirviente, le pasó una tarjeta. Leyóla contrariado D. Marcelino, pero con gesto de resignación dijo: —Que pase.

Entró un jóvenito barbilucio y empezó á hablar en francés. D. Marcelino le respondió en el mismo idioma; pero como pasados unos momentos, en el curso de la conversación, preguntase al visitante si era oriundo de Portugal, pues eran portugueses los cuatro ó seis apellidos de la tarjeta, el extranjero respondió que era natural y no sólo oriundo de la nación lusitana. Oído lo cual, se echó á reír D. Marcelino y dijo correctamente en la lengua de Camoens: —¡Acábramos, amigo mío! ¡Por qué siendo así hemos de hablar en francés, idioma extraño para los dos? Hablemos en portugués, que al fin y al cabo viene á ser una especie de dialecto gallego.

Y en portugués siguieron y acabaron su diálogo, no sin que el joven galicano se quedara algo corrido.

## EL BISPO DE SANTANDER

Santander, 7 de Junio 1912.

(Sr. D. Angel Herrera: Muy querido señor mío: Aplaudo el buen acuerdo de celebrar una solemne velada en honor de D. Marcelino Menéndez y Pelayo (q. n. p. d.), y de buen grado oíría á los notables oradores que en ella han de ser protagonistas; pero en mi estado de convalecencia me veo en la precisión de declinar el honor que usted me dispensa invitándome.

Doy á usted, por su delicada atención, las gracias que merece, y le felicito por el éxito de esa velada, que, sin duda, responderá cumplidamente á sus esperanzas. Se reitera de usted, amigo seguro servidor que le bendice,

EL BISPO DE SANTANDER.

HERMOSISIMO DISCURSO del reverendo padre ZACARIAS MARTINEZ PRONUNCIADO EN LA VELADA DE AYER

La presencia del padre Zacarias es acogida con estruendos aplausos y frases de cariño. El silbo agustino permanece silencioso unos momentos, esperando que los aplausos acallasen.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Aunque, como veis, no tengo muy elevada estatura (Risas), nunca me sentí más pequeño e insignificante que en estos momentos. Primeramente porque, después de mí, hablarán dos colosos de la oratoria, D. Alejandro Pidal y Mon y D. Juan Vázquez de Mella, y la verdad, esto no es apetitoso para nadie (Risas), aunque no aspire, como yo no aspiro, ni a desatar siquiera las correas de los zapatos de esos señores (Aplausos); en segundo término, porque me parece que tengo delante de los ojos la gigantesca figura de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y me asusta el pensamiento de que vosotros lleguéis a sospechar que yo pretendo encerrarla en el marco pequeñísimo que pueden permitirme mis escasas facultades, en el breve tiempo que se me impone, y en tercer término, debido a que con toda sinceridad, con toda la sinceridad de mi alma, que ante la pérdida del maestro y del amigo, el dolor y la pena me abruman, y vosotros sabéis que, si el frío encoge los cuerpos, los dolores y las penas morales encogen las almas, reduciendo muchas veces sus energías a la impotencia estéril; más ya que se me ha pedido que hable, hablaré con dos días escasos de preparación para leer los dos volúmenes de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ofreciendo a su santa memoria un ramo de flores y de esas cosas que he recogido, no sé en cuantas horas, en sus obras imperecederas. (Muchos aplausos).

Entendimiento magno.

Mago de las ideas y de los libros, recordad, señores, aquella potencia de lectura que parece más bien una adivinación, con la cual se enteraba en un instante de lo que los demás mortales no podíamos enterarnos quizá una semana, aquel descomulgado criterio para ver súbitamente el oro y la escoria y separar el uno de la otra entre el polvo de los pergaminos y los desperfectos de la pluma; aquella memoria prodigiosísima, inmensa almacén de noticias, inmensa placa fotográfica, en donde las imágenes conservaban su perpetua juventud primaveral, para acudir súbitamente a llenar el cuadro cuando las evocaba su dueño; aquel poderoso entendimiento para calzar todas esas noticias con eslabones de oro y hacer brillar a la luz de la crítica los diamantes enterrados en los extractos del olvido; aquel poder descriptivo con el cual a veces en una página, a veces en un párrafo hermosísimo, otras veces con una frase, condensó la vida y la obra de una generación de una época o de un hombre; por ejemplo, en las semblanzas de Pascal, de Voltaire, de Voltaire, de Alfred Musset, de Balzac, y en el catálogo sublime de los heterodoxos españoles, que los españoles debían escribir con letras de oro. (Muy bien, aplausos).

Un español.

Maestro! Qué poder descriptivo, señores y señoras! No, el pueblo español no puede hoy apreciar todo lo que ha perdido, como no aprecia la pérdida de las colonias, menor aún que esta pérdida intelectual de España. Sólo puedo apreciar la generalización intuitiva, cuando el alma se eleva a conocer a los hombres de la historia, a D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en la integridad de sus contornos, y en el esplendor de sus líneas, en la solidez brillante de sus muros, en la hermosura del conjunto soberano; y digamos toda la verdad, señores, toda la verdad: si este hombre, que por su entendimiento parecía un ángel; si este hombre no hubiera sido creyente, si este hombre no hubiera nacido en París, en Londres, en Berlín, hace muchos años que, con más títulos que nadie, hubiera tenido el premio Nobel, que se le discutía. (Muy bien, muy bien. ¡Bravo! Estruendosa ovación.)

Patriota.

Añadid la nota de su patriotismo. No podemos prescindir nadie de esa nota; el íntimo contacto de su espíritu con las tradiciones, con la Patria que él había rescatado, o cuyo polvo había sacudido para hacerle brillar con toda la plenitud de su esplendor, le hacía indignarse santamente contra las fábulas y leyendas de insensatos e ignorantes españoles, que podían esta enfermedad contagiosa y común que a tantos aqueja: la de maldecir lo bueno propio para ensalzar lo malo ajeno, reñegando de la Patria que los vio nacer, y del cielo que los cobija. (Tronabais su voz, voy a repetir algo de lo que ha dicho el señor Herrera, porque conviene que lo grabéis todos en la memoria;—tronaba su voz contra las causas de la decadencia actual, contra el desbarajuste político y económico que nos ha hecho irrisión de los extraños; tronaba su voz contra el vandálico despojo de los bienes del clero y la ruina consiguiente de muchas fundaciones de enseñanza y beneficencia; tronaba su voz contra la extinción de las Ordenes regulares, al siniestro resplandor de las llamas que devoraban insignes manuscritos artísticos; tronaba su voz contra la destrucción o dispersión de archivos y bibliotecas enteras, contra el furor impío—son sus palabras, señores, (respetad las palabras del maestro)—contra el furor impío, contra el liberalismo español, que quiere hacer tabula rasa de la grande España. (Enthusiastas aplausos. Ovación frenética y prolongada.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

pañola que hizo por la Humanidad lo que no hizo ninguno de los pueblos del globo: descubrir aquel mundo y ofrecérselo a Dios como un altar ó como un trono; el canto la civilización española—con sus leyes paternas de Audax, con la transusión de su sangre, de su lenguaje, de su vida y de su fe, civilización en nada semejante a la de otros pueblos conquistadores que matan ó esclavizan las razas, cuyos móviles son la ambición ó el egoísmo para conquistar una isla ó un continente, como el tigre para apoderarse de un pedazo de carne, que no van a redimir a las personas como nosotros lo los españoles, sino a llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores, del taller de la fábrica y del tocador, para extraer de las minas las sustancias con que se forjan las espadas y cañones que constituyen el trono con que la diosa materia ríe por el mundo aplastando cruentamente infelices pueblos. (Grande y prolongada ovación.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

pañola que hizo por la Humanidad lo que no hizo ninguno de los pueblos del globo: descubrir aquel mundo y ofrecérselo a Dios como un altar ó como un trono; el canto la civilización española—con sus leyes paternas de Audax, con la transusión de su sangre, de su lenguaje, de su vida y de su fe, civilización en nada semejante a la de otros pueblos conquistadores que matan ó esclavizan las razas, cuyos móviles son la ambición ó el egoísmo para conquistar una isla ó un continente, como el tigre para apoderarse de un pedazo de carne, que no van a redimir a las personas como nosotros lo los españoles, sino a llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores, del taller de la fábrica y del tocador, para extraer de las minas las sustancias con que se forjan las espadas y cañones que constituyen el trono con que la diosa materia ríe por el mundo aplastando cruentamente infelices pueblos. (Grande y prolongada ovación.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

pañola que hizo por la Humanidad lo que no hizo ninguno de los pueblos del globo: descubrir aquel mundo y ofrecérselo a Dios como un altar ó como un trono; el canto la civilización española—con sus leyes paternas de Audax, con la transusión de su sangre, de su lenguaje, de su vida y de su fe, civilización en nada semejante a la de otros pueblos conquistadores que matan ó esclavizan las razas, cuyos móviles son la ambición ó el egoísmo para conquistar una isla ó un continente, como el tigre para apoderarse de un pedazo de carne, que no van a redimir a las personas como nosotros lo los españoles, sino a llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores, del taller de la fábrica y del tocador, para extraer de las minas las sustancias con que se forjan las espadas y cañones que constituyen el trono con que la diosa materia ríe por el mundo aplastando cruentamente infelices pueblos. (Grande y prolongada ovación.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

como él decía: para reverberar en las Custodias españolas y convertirlas en acusas de Dios, la figura gigante de la Patria, dos veces digna del amor de sus hijos, por grande y por infeliz. (Grandes aplausos y ovación prolongada.)

La virtud de Menéndez y Pelayo.

Est difunto el loquitur. Y aún nos habla después de muerto. Nos habla, españoles que me escucháis, a través del sepulcro, con la sabiduría y benéfica claridad de sus enseñanzas, en las páginas de sus obras, que durarán lo que dure la lengua de Cervantes. Nos habla después de muerto porque su espíritu flota sobre las nieblas de esta desventurada nación, como el sol flota sobre las nubes, ensanchando los límites del pensamiento español, abriendo horizontes nuevos y nuevas vías a la investigación histórica. Nos habla por medio de sus numerosos discípulos y para todos los honrados españoles que quieren aspirar el aroma de las páginas hermosísimas de sus libros inmortales. Nos habla con el ejemplo de aquel perpetuo monólogo de su vida, de aquella vida que se movió en una atmósfera límpida y transparente, de la especulación racional, alejada de todas las miserias de la política, consagrada exclusivamente al estudio de los tesoros de la religión, de la ciencia y del arte de la Patria, que no tendrá para él bastantes alabanzas ni bastantes coronas. (Muy bien.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Palabras gruesas.

Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

Final.

Permitidme, señores, que termine abreviando mucho esta árida semblanza, para dar la frase de San Juan, que Menéndez y Pelayo pone al frente de los Heterodoxos españoles: Est nobis prodiit et era in nobis. De entre nosotros salió y era de nosotros. Nuestro fué ese astro gigante, ese ingenio singularísimo, para demostrar a los de la acera de enfrente cómo se unen en el cerebro más hermoso, que produjo España todos los resplandores de la ciencia, con todas las purezas del dogma. (Muy bien.) Ante él, ¿qué son y qué significan esos atos y libre-pensadores que reniegan de Dios? ¿Qué importa que le nieguen los pigmeos, si le afirman, le ensalzan y le alaban los gigantes? (Muy bien, muy bien.) Pues nuestro, porque su ideal es nuestro ideal, porque tuvo la misma fe que nosotros, iguales doctrinas, iguales dogmas, iguales sacramentos; fue nuestro, porque defendió lo que nosotros defendimos, porque amó lo que nosotros amamos, porque vivió como nosotros vivimos y porque murió como nosotros deseamos morir: besando el crucifijo, en donde está enclavada la sabiduría de Dios, escudando para los judíos, lecura para los gentiles y fariseos; pero luz, progreso, santidad y rectitud para todos los hombres de buena voluntad. (Grandes y repetidos aplausos. La ovación duró muchos minutos, teniendo el orador que saludar repetidas veces.)

LA AMENIDAD

MENÉNDEZ Y PELAYO

Cuarillas de D. Francisco Rodríguez Marín, leídas en la velada por D. Luis de Benito y Villanueva.

«SEÑORAS: SEÑORES: A la muerte del sabio polígrafo español D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en quien estuvo encarnado, como en ningún otro, el amor a todas las excelencias de nuestra raza y a todas las grandezas de nuestra historia, sin mezcla de malsano egotismo, y pasado ya el estorbo que desgracia tan lamentable para la Patria ha producido en los ánimos, todos, dándonos ya exacta cuenta de la magnitud de esta desventura, echamos de ver con amarga pena la enorme importancia del tesoro que al perderlo hemos perdido. Quién recuerda su saber portentoso, no superado ni aun igualado por ningún español de ningún tiempo; quién hace lenguas de su admirable y severa erudición, nunca desmentida en ninguno de tantos escritos como brotaron de aquella pluma fecundísima; quién le alaba por filósofo profundo; quién le encomia por docto y concienzudo historiador y por resucitador mágico de las grandes figuras de nuestro pasado glorioso; quién, por último, le ensalza como egregio poeta y como habilísimo restaurador de nuestra cultura literaria. Yo, el último de sus discípulos, distraigo, señores, vuestra atención para ensalzarle por una de sus cualidades, que convalidó siempre con todas las demás de su privilegiadísimo entendimiento, como sazonadísimo y añadido quilates a su valor: refiérome a la deliciosa amenidad que supo dar a todas sus obras.

«Hasta poco antes de comenzar a florecer el hermoso talento de Menéndez y Pelayo, la erudición española, lejos de procurar hacerse amable y grata a las gentes, se había como empeñado en parecer aborrecible. Con excepciones contadas, los eruditos, como soldadotes de entremés que a fin de aparecer valentía y ferocidad tuercen el rostro, desfigurándolo horriblemente, hacían adrede inaccesibles y aun desagradables sus obras: bien que a este deliberado intento de pesar como plomo y de hacer selvático el saber, uníase, por lo común, una deplorable sequedad de ingenio, que les incapacitaba para infundir lozana vida a sus obras. Sólo en los trabajos del primer marqués de Pidal, en los de los hermanos D. Aureliano y D. Luis Fernández-Guerra y en los de algún otro escritor de su tiempo, pudo columbrar Menéndez y Pelayo, al ser niño, la hermosa habitación de la Academia de la Historia, sentado a la mesa; a la derecha tenía el libro de los Evangelios, en griego; a la izquierda las poesías de mi hermano fray Luis de León. ¿Sabe usted—me dijo—para qué tengo yo aquí estos dos libros? Dios me lo enseñó, porque son el libro de Leos y el libro de los Evangelios, en griego; y yo las poesías de su hermano de usted, fray Luis de León, príncipe de los poetas líricos, por que esas poesías me alegan el alma y me romozan el espíritu.

«Pues unid a esto, señores, la cualidad de su fe, y de su fe a machamarillo, como él decía. Yo le sorprendí una mañana en su modestísima habitación de la Academia de la Historia, sentado a la mesa; a la derecha tenía el libro de los Evangelios, en griego; a la izquierda las poesías de mi hermano fray Luis de León. ¿Sabe usted—me dijo—para qué tengo yo aquí estos dos libros? Dios me lo enseñó, porque son el libro de Leos y el libro de los Evangelios, en griego; y yo las poesías de su hermano de usted, fray Luis de León, príncipe de los poetas líricos, por que esas poesías me alegan el alma y me romozan el espíritu.

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra fuerte—la horrible inquisición, ese registro gordo, hoy, después de los descubrimientos históricos, es registro gordo de los mentecatos (Risas); no ahogó el pensamiento, ni quemó a ningún sabio de verdad, ni a artista de valer, sino a algún clérigo renegado, que bien lo merecía, a algún idiota, a algún imbécil, a lo más a lo más, a alguna bruja. (Risas.)

«Hombre de fe católica robusta, más arraigada en él que en otros (porque al don sobrenatural se unía la convicción por el estudio), oíd cómo se expresaba tres meses antes de morir. «Cuanto más fondo se conozca la Historia, más claro nos dejara columbrar su fin providencial; flaca será la fe del que se sienta vacilar en su alma leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios probó a la comunidad humana en el curso de las edades para aguilatarlas y acrisolarlas. Con esa fe empezó la carrera de su vida santiguándose, y con esa fe limpió de errores la historia patria; demostró con luz meridiana que la fórmula Inquisición—digamos la palabra

ELOCUENTÍSIMO DISCURSO

de DON JUAN VAZQUEZ DE MELLA

PRONUNCIADO EN LA VELADA DE AYER

El gran tribuno es objeto de una formidable ovación al levantarse a hablar. En el público se produce gran expectación. Cálidos los aplausos, y en medio de un religioso silencio, el ilustre Sr. Vázquez de Mella comienza su colosal oración.

SEÑORAS Y SEÑORES: Si esos aplausos fueran la fórmula de una esperanza, quedarían defraudados; pero si son hijos de vuestra bondad y son un estímulo para esta especie de combate que voy a emprezar, comprendiendo vosotros mejor que nadie la empresa difícilísima que tengo que acometer después de lo que habéis oído, yo los recojo como un galardón anticipado, ya que no habéis de poder darlo postero a mis palabras.

Después del abrumador torrente de elocuencia que acaba de descargar sobre vosotros uno de los más grandes oradores que jamás hayan existido en la tribuna española, como es el Sr. Pidal; después de haber resonado aquí las palabras de un hijo de la patria, tan encendidas y elocuentes, mostrándonos con la mano de la elocuencia todas las facetas de aquel brillante cuyos reflejos se agotan nunca al brillar al sol Menéndez y Pelayo, cuando recordéis aquella apología tan maravillosa de la tradición, penetrando como un árbol profundamente en el suelo y recorriendo hasta de las corrientes subterráneas la savia fecundante como decía en las cartas que nos acababa de leer el autor del Amor de los amores, de Ricardo León, y cuando todavía resuena en vuestros oídos la prosa clásica y amena del sucesor de Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional, del sucesor de aquel bibliotecario singular que no estaba en la Biblioteca porque la biblioteca estaba en él. (Grandes risas y aplausos); cuando todas estas cosas han pasado ante vosotros, desahumando vuestro entendimiento y sobre vuestros corazones; ¿qué queréis que haga yo? Y, sin embargo, todos esos aspectos diferentes, por los cuales se la presentaba a Menéndez y Pelayo, se resumen en una gran unidad. La tradición fue como su musa inspiradora; él es el genio de la tradición nacional; en él encarna como en pocos hombres se ha encarnado; él era el gran artista que nos pintaba tan maravillosamente el señor Pidal, y el Sr. Pidal, que es un artículo prodigioso, podía pintar muy bien a Menéndez y Pelayo porque se comprenden los grandes artistas, y puede ser el digno comentar de la obra suya, y el estilo, el modo, el procedimiento, la amenidad que nos ponderaba el Sr. Rodríguez Marín, era también una forma artística suya, y cuando nos enumeraba sus obras y nos pintaba la epopeya nacional como uno de los ideales de Menéndez y Pelayo y como uno de esos grandes temas que el señor Zaccarias todos ellos no venían, en último término, más que a demostrar algo de lo que decía un crítico francés hablando de Pascal; que tenía en algunas páginas el tono y la elocuencia de Bossuet, en otras el de Voltaire, y en algunas la ironía de Voltaire. «Tenía todos los estilos», decía, — por qué los tenía — preguntaba. — Pues porque tenía antes todos los dones del espíritu, y Menéndez y Pelayo, precisamente porque tenía todos esos dones en una riqueza tal, es un brillante de tantas facetas que se le puede examinar como artista, como historiador, como filósofo y hasta como teólogo, porque como resumía en cierta manera a España, resumía todas las manifestaciones de nuestro genio, y por eso no podía quedar apartada de su mente la excelencia y la supremacía de la teología. (Grandes aplausos).

¿El morir realizamos un fenómeno, fué en esta España desquiciada y dividida en sectas, en escuelas, en partidos: la rara unanimidad que revela el fondo noble del alma española, incluso en aquellos en que, al mirar en las filas de la impiedad, sin que yo ni pensar muchas veces, militan, por ejemplo, contra su Patria; todos le han reído, y alabado, y ahora se reírán, y reírán ríndole gloriosa sobre un pedestal de sus propias obras; como sobre una piuma de oro, y las aguas mismas de las setas rencorosas de la impiedad, que con frecuencia nos azotan, vienen a rendirse a sus pie placidas y tranquilas, con su velo de espuma, como tributándole vasallaje. (Grandes aplausos).

La llegada del genio. Menéndez y Pelayo llegó en una época de las más críticas de la historia, porque en esa época empiezan las relaciones con Dios, los hombres no están unidos por ninguna parte. Las relaciones trascendentes de casualidad en que el hombre efecto está ligado a Dios causa por dependencia absoluta, y la finalidad en cuanto el hombre es medio y Dios fin, cuando se rompen, destruyen al mismo tiempo la igualdad que en ellas se funda, y la trama espiritual de las sociedades se quebranta. Vienen entonces los individualismos alterados, las autonomías de la razón, y al desaparecer toda solidaridad y todo trama, la sociedad se convierte en polvo y se producen las grandes anarquías intelectuales y los períodos de crítica, que lo son de transición, en que ya no hay obra colectiva común, ni brillan en el orden intelectual las grandes construcciones; es la época de los fragmentos, la época de las monografías, la época de los ensayos, de las autobiografías y las memorias; pero no es época ya de libros ni de obras sintéticas, porque la unidad es una Reina que necesita que la variedad esté como dispuesta para recibirla, y ella no puede venir a asentarse sobre el polvo del individualismo atómico. (Grandes aplausos).

Su obra. ¿Cero que tenía capacidad para formar, sin crearlo nuevo con los despojos de los Alfézars y sellarlo con su genio, pa que en él pudiese albergarse cómodamente una generación creyente, intelectual y decoral; pero prefirió una obra más grandiosa, reconstruir interiormente, espiritualmente, a su pueblo, levantar el alcázar de la madre España, piedra a piedra, sigue faltando un solo sillar, pero no sólo de cantidad, sino de extensión y los límites de su espíritu, a fin de que las generaciones nuevas pesasen como las moléculas de nuestro cuerpo en la circulación vital, y no informadas por ese espíritu y purificado acrecentándose de nuevo con sus empujes. (Grandes aplausos).

La nación. El, que conocía y afirmaba de tal manera la variedad de todas las literaturas y de todas las regiones, sentía como nadie la unidad espiritual de nuestro pueblo. (Muy bien). El no consideraba a la nación como un río que nace y brota a una sola fuente, de un solo manantial, sino que la reconocía como un río anclucioso formado por muchos afluentes; los afluentes son las regiones, y esos afluentes, al juntarse en un solo cauce, forman la nación; los que no reconocen nada más que los afluentes y niegan el río no piensan como pensaba Menéndez y Pelayo; ni tampoco el que afirma la unidad y la variedad nacional; él afirmaba la unidad y la variedad nacional; por eso cantó, en páginas que no morirán, su grandeza. ¿Cómo no había de cantarla Menéndez y Pelayo, si toda su obra, aún aquella que parece más alejada de esa empresa, va a parar ese término, y reconoce siempre ese mismo ideal? Si miráis, por ejemplo, la Historia de los heterodoxos españoles, y recoréis todas sus páginas hasta el tomo con que últimamente la entricó, haciendo el resumen de nuestra prehistoria, observaréis que cuando se llega a los tiempos cristianos y se va a buscar la verdadera herencia, Menéndez y Pelayo en realidad no la encuentra nunca original en España, siempre la encuentra importada y exótica; ni el sistema de Basilius y de Marcial, ni los errores arrianos de importación gótica, ni Prisciliano mismo que es un gnóstico, ni los herejes posteriores de la Edad Media, como los albigenses de Aragón, y los Fratrículos de Durango, y los Alumbrados de Llerena, y los

Tradición y progreso. La tradición es como el mayorazgo espiritual de un pueblo, y los fundadores quieren que se transmita a sus hijos, y los hijos, a su vez, no hay derecho a malversar ese patrimonio, pero sí a acrecentarlo, si a aumentarlo. ¿Por qué? Porque los verdaderos tienen de cada a esa obra y no es lícito que entre ellos y los antepasados se interponga alguno para privarlos de la herencia y abrir en la Historia una sima fatal para el progreso, que no puede muchas veces salvarla. (Muy bien, muy bien). Menéndez y Pelayo, comprendiendo perfectamente que la tradición y el progreso eran en el fondo una misma cosa y que no hay progreso sin tradición; que le continúa ni tradición sin progreso que la origine, vino a juntarlos en su espíritu; él comprendió como nadie que, como antes se os recordaba, pueblo que abandona su propia historia, pueblo que vuelve de la espalda a su tradición, que reniega de las generaciones que le precedieron, que desprecia el caudal de creencias, de ideas, de instituciones que esas generaciones le legaron, es pueblo que no va por el camino de la gloria, sino que se pierde por el plano de la decadencia, en los abismos de la degradación. (Aplausos).

Labor de filán. Porque Menéndez y Pelayo lo creyó así quiso hacer resurgir una grande España. Teníamos, aunque mutiladas, deficientes y muchas veces escritas con un espíritu contrario al que animó a los autores de nuestros mayores, historias puramente externas de la antigua España; pero no teníamos una historia verdaderamente interna de toda la vida nacional. ¿Quién era el que podía abarcar en su conjunto todas las manifestaciones de nuestro genio? Y Menéndez y Pelayo, siguiendo las huellas de su maestro y mi maestro, el inolvidable Laverde, como él había seguido las del padre Céspedes y éste las de Kottler, había hecho una vindicación gloriosa de la ciencia española, y después, en el último tomo de esa obra, un inventario copiosísimo, que completaba la obra de Nicolás Antonio, un índice que aglomera, de lo más que había producido la antigua España. Pero no más, sino más allá, más allá de los límites de la historia, el espíritu nacional en todas las grandes producciones intelectuales, y queriendo señalarlos todos, no se contentó con levantar ese gran monumento a la producción intelectual filosófica y teológica de España, sino que alzó en el espíritu mismo popular e investigó con saber no igualado los orígenes de la poesía y de la literatura peninsular. Aquí recordo admirablemente el Sr. Herrera, al comienzo de esta velada, palabras inolvidables suyas, dichas con ocasión del centenario de Balmes, y el padre Zaccarias hacia resaltar aquel hermosísimo período en que terminaba el discurso sobre Milá y Fontanals, afirmando como nadie la unidad nacional y simbolizándola en el curso del Ebro, desde los peninsulares de Cantabria hasta el río Cortes, y el Sr. Menéndez y Pelayo, que era, como decía el Sr. Pidal, perfectamente armónico, porque tenía, como pocos, el sentido de la belleza, no caía en viciosos extremos; no afirmaba la unidad nacional, centralista, que mata las energías nacionales y quiere convertir a la nación en un Estado, y pulverizar a las regiones, suplantando la historia que la del Poder público, turbarando todos sus organismos, y no constituyendo ninguna Corporación que él no autorice; no, él era demasiado conocedor de la patria historia para no sentir vivamente la llama regionalista que ardía en su pecho, y por eso protestaba airado en un berrido celebre en El Escorial contra la unidad que el Sr. Pidal proponía al Municipio español, hijo del tomano unas veces, y otras no, pero, al fin, glorioso Municipio sublimado, como él decía, hasta las alturas del arte por Calderón en El alcalde de Zalamea. (Aplausos). Pero Menéndez y Pelayo afirmaba de tal manera la variedad nacional, que la iba a estudiar en todas partes, y por eso cuando hablaba de la literatura de España no se refería sólo a la de Castilla, con ser la de Castilla tan importante, no sólo por sí misma, sino por haber colaborado en ella todas las regiones de la Península; no, Menéndez y Pelayo las conocía todas; había estudiado como nadie y con una diligencia suma toda la literatura catalana, desde el Descomor, de Ramuntó de Lull, hasta las obras que inmediatamente le preceden o siguen a la Atlántida y el Cantigó; había estudiado toda la literatura lusitana, desde Camões hasta el vizconde de Almeida Garrett; desde las obras de Gil Vicente, gran dramaturgo, y Melo, gran historiador, que escribían en castellano, aunque eran lusitanos, hasta Juan de Lenius y Oliveira Martins; él había estudiado la literatura gallega, desde las Cantigas, de Alfonso el Sabio, hasta las poesías de Rosalía de Castro; él conocía, como no la ha conocido nadie, la literatura castellana, y en su Antología de los poetas líricos penetró en las mismas entrañas de la poesía, investigando los orígenes de los romances y cantigueros, y a su lado, las colecciones de Esfala, de Quintana y de Sánchez, parecían pequeñas y horrosas cuando se las compara con esa obra colosal, interminable, desgraciadamente, al acabar el estudio de Boscan y cuando iba a hacer el de Garcilaso, y él, que abarcaba toda la literatura española en su conjunto, no se contentaba con la literatura peninsular, él iba a estudiarla fuera, en América; porque Menéndez y Pelayo no continuó nunca la extensión y los límites de su espíritu, a fin de que las generaciones nuevas pesasen como las moléculas de nuestro cuerpo en la circulación vital, y no informadas por ese espíritu y purificado acrecentándose de nuevo con sus empujes. (Grandes aplausos).

Protestas de Sevilla, ni el Doctor Egidio, ni Constantino, ni Cazalla, ni el baciller Herrezuelo, ni más tarde los misinos en liberales desamortizadores de que hablaba el Sr. Pidal; ninguna de todas esas sectas ni escuelas tuvo nacido ni brotado, en el solar nacional; todas son de producción extranjera. Por eso, frente al cuadro de los heterodoxos presenta Menéndez y Pelayo el cuadro gigante de los apologistas, que por cierto son desproporcionados a los enemigos que combatían, y así desde Oso hasta San Isidro, desde San Isidro de Tájara, y de Tájara a San Esteban, Alvaro Cordoves, el abate San Juan y el abad Esperandieu, que luchan en la reconquista con la inteligencia como los cruzados con las armas, hasta la legión de los teólogos del siglo XVI, de los doctores de Trento, de los grandes artífices de la Escolástica, cuya obra fué recogida y acrecentada y dilatada por pensadores tan sutiles y profundos en los problemas más arduos como Daneg y Molina, hasta los que luchan ya en el decadente siglo XVII, como fray Jerónimo de Ceballos, Valcárcel y el mismo padre Feijóo, y después en el siglo XIX, todos aquellos pensadores que desde el padre Alvarado hasta el gran Balmes, y Donoso Cortés, y el padre Cedeñra González, y Comellas, forman una cadena inmensa de apologistas que piensan como piensa el pueblo español, que sienten como él siente, que se identifican con su espíritu, hasta terminar en el mismo historiador de todos, que en el final de su obra parece decirnos lo que ha afirmado al principio; que todas las herejías están aquí en contradicción con el espíritu nacional, son execraciones suyas, nunca han arraigado ni han tenido ambiente en España, todas han venido de fuera, porque la ortodoxia católica es consustancial en esta nación, nacida a la sombra de la Cruz, y tan identificada está con ella, que si la Cruz se separase, desaparecería su alma y sólo quedaría un pedazo del mapa con el nombre de España. (Grandes aplausos. Grande y prolongada ovación, que dura varios minutos).

Retrospección. Menéndez y Pelayo, que buscaba la unidad en todo, que amaba la verdad y tenía ese de belleza, como amaba tanto la tradición española, y resumía en su Alma todos los rayos del saber nacional y todas las inspiraciones del arte que habían pasado por la Península, sentía un amor a España que se le veía en todas las páginas de sus libros. ¿Quién como él ha cantado esa grande España que evocaba aquí en un momento tan elocuentes el padre Zaccarias Martínez? Y la verdad es que hoy, cuando se han sentido tantas veces las injurias y las afrentas de una generación desmedida, incapaz de comprender las grandezas pasadas y que para coonestar las vilezas presentes suela lanzar como injurias a los tiempos pasados y a sus antecesores sombras para no verlos como acusadores de lo que ella está realizando. (Grandes aplausos). ¿Quién en estos tiempos no ha de sentir que el ánimo se delecta, que el corazón se recrea, que el entendimiento parece que se dilata con las grandes esperanzas que inundan las páginas del inmortil poligrato y que se canta a la madre España? Hoy, después de catástrofes, desventuras, que han empañado muchas veces la bandera nacional, se siente el ánimo rejocido al volver los ojos atrás; no para maldecir, que eso es obra de hijos ingratos y espíritus, a los que esos tiempos gloriosos, sino para enorgullecerse de ellos e imitarlos. (Muy bien, muy bien). Así aquella España gloriosísima realizó, como Menéndez y Pelayo nos ha manifestado muchas veces, empresas tales, que ellas solas realizadas bastarían para hacer la gloria de muchos pueblos. Nosotros creamos en el orden histórico un teatro superior al teatro griego; nosotros creamos el drama caballeresco, y el drama teológico de los siglos románticos; antes que nadie rompimos las unidades clásicas de la escena y creamos el drama de costumbres y hasta la comedia moderna, y una literatura piadosa que con su realismo singular se ha anticipado a las escuelas modernas sin confundirse con ellas; tuvimos unos místicos como no los ha tenido ningún otro pueblo; porque el carácter psicológico que nos distingue hace que sean superiores a los místicos alemanes; en orden intelectual filósofos

que trasponen el horizonte, anunciando los nuevos Césares que sustituirán a los antiguos, para que aquellos apóstatas que se levantaron contra Roma, deshicieron la unidad y traicionaron a los Cruzados, caigan bajo la cimitarra de Bayaceto. Este era el fatalismo que avanzaba sobre el Extremo Oriente y nosotros tuvimos que luchar contra los dos. En Flandes y en Mühlberg vencimos el fatalismo occidental de la protesta; en Lepanto, que ha sido en realidad la última Cruzada, hundimos en el golfo de Corinto, con la media luna aquel otro fatalismo oriental que venía a ensenorear sobre Europa. Suprimid la lucha de Flandes, suprimid la batalla de Mühlberg; suprimid la empresa heroica de Felipe II y de Don Juan de Austria, y veréis entonces como el fatalismo oriental que venía por Bizancio se hubiera posesionado de Europa, saltando sobre las ruinas de Viena avasallada y rendida; y después del primer choque de los Sultanes que venían de Oriente, con los Reyes-Papas, que para aligerar la tiranía de Roma, se habían puesto la Tiara sobre la Corona por la comunidad de principios y de oídos se habría formado una Federación de califos hereéticos y mudos, como la lámpara del santificado, desde la colina del Vaticano, lanzaría fuebles resplandores sobre el cadáver de la libertad y de la civilización europea. (Grandes aplausos).

Los maestros del rezo. Nadie comprendió mejor que Menéndez y Pelayo esas grandes empresas nacionales; pero él sabía que todo eso no lo había realizado España como por un esfuerzo gigantesco nacido sólo de sus propias fuerzas ingénuas y naturales; debió en gran parte, en la principal, a una fuerza sobrenatural que animaba todos los pechos españoles: fue la católica. Por eso en el amor de patriota se continúa siempre con la fe de creyente, y como no había sido así el que estudió como nadie nuestra Historia y nuestra literatura, sabía que esta Patria española goza de un privilegio que yo he señalado alguna vez, único que no tiene ningún pueblo de la tierra? Porque el Decálogo lo estableció Dios en el Sinaí, el Padre nuestro lo formularon los labios del Redentor, el Credo mismo salió como una fórmula del Cenculo; pero cuando la herética arrastra vino a alabar el dogma central del Cristianismo, fué un glorioso Obispo español, Ossio, el presidente del Concilio de Nicea, el que convirtió a Constantino, parece que tuvo el encargo providencial de redactar el símbolo que repite hoy la Cristiandad entera, y fué un Obispo español del siglo X, San Pedro de Mezonzo, como lo ha demostrado hasta la saciedad la crítica histórica, el que formuló la más dulce de las plegarias cristianas, la Salve, que después repitieron los cruzados en los arroyales de la Siria; él fue quien formuló, como más tarde, en el siglo XIII, fue de los labios y del corazón de un fraile español, Santo Domingo de Guzmán, de donde salió primero el Rosario, como una guirnalda de pensamientos amorosos, dedicados a la Virgen. (Grandes aplausos).

Así es que hemos enseñado a revar a la cristiandad entera, y cuando se repite el Credo cristiano, allí está la huella del pensamiento español de Ossio, y cuando murmura la Salve, allí está la de Santo Domingo de Guzmán. (Grandes aplausos). Por eso toda la literatura peninsular parece que nace como una flor al pie de la Virgen; así nace la literatura gallega en las Cantigas de Alfonso el Sabio; así nace la literatura catalana en el Descomor de Ramuntó de Lull; así la literatura castellana en la vida de Santa María Egipcíaca, y así nace hasta la prosa portuguesa en la Crónica religiosa del monasterio de San Vicente, donde las empreses de la Virgen se relatan. ¿Por qué sucede así? Porque, aun cuando la impiedad canta muchas veces triunfo y se enorgullece y enamezca con victorias fáciles, pero que, afortunadamente, para nuestro pueblo, no se han podido realizar nunca sin protestas gloriosas y sangrientas (Bien, bien); aunque se enorgullezca y se enamezca, tiene que reconocer, tan sólo con echar una mirada sobre la Historia y sobre el suelo nacional, que desde Covadonga hasta el pórtico de la Rábida, desde los Jerónimos de Belén hasta San Salvador de Leire, desde el Claustro del Silencio de Cortón hasta las ruinas gloriosas de Poblet y Salamaña, y por encima de todos ellos, la cruzada nacional y que se apoyan en el Pilar de Zaragoza como una profesión de fe de nuestra raza. (Grandes aplausos).

Pero Menéndez y Pelayo no era tan sólo artista, no era tan sólo patriota; era también filósofo y teólogo excelente. Yo voy a hablaros algo de la filosofía y de la teología de Menéndez y Pelayo. (Pausa). El orador mira al reloj. Me dicen aquí que descanse, y podría repetir la frase con que en una gran reunión celebrada en Barcelona en otro tiempo, contestaba yo a los que gritaban: también que descanse; «Cuando luchamos por Cristo no debemos descansar hasta caer rendidos de cansancio sobre el cadáver de nuestros enemigos». (Grandes aplausos).

No me fijo en el propio esfuerzo que estoy haciendo para limitar mi palabra; a lo que yo tengo miedo es a rebasar la frontera de vuestra paciencia. (Varias voces: Nunca, nunca). Pero si no es así, escuchadme unos momentos; procuraré sintetizar y ser breve. (Varias voces: No, no). Pues bien; quiero exponer algunas cosas que, a pesar de parecer abstractas, nos llevarán a conclusiones importantes, y que se refieren, por decirlo así, a las grandes ideas filosóficas y teológicas de Menéndez y Pelayo, extraídas como en síntesis de sus obras.

Los grandes peligros. Nosotros, no sólo luchamos por la grandera de nuestro pueblo y la expansión de nuestra raza; fuimos, como decía Menéndez y Pelayo, la gonzalonera de la Santa Sede y la amazona de la raza latina, los que salvamos a la civilización europea. ¡Ah! Hoy no nos fijamos en aquella hora solemne y crítica de la Historia. Dos fatalismos avanzaban sobre Europa: el fatalismo protestante de la Rín, la hincación necesaria y la justificación por la fe sola y sin las obras; si los protestantes no hubieran estado a más altura que su doctrina, habrían convertido al mundo en un calabozo y un presidio, y al mismo tiempo el fatalismo cesarista, que aparecía por Oriente sobre las ruinas de Bizancio.

Así como antes de que cayera bajo el dominio extranjero en Florencia aparece la figura grandiosa de Savonarola, como personificación de la Edad Media, y muestra a Lorenzo el Magnífico, moribundo, con su mano desahogada, un Crucifijo, condenando las inpuridades de su Corte corrompida; un gran historiador moderno, Godofredo Kurt, en los Orígenes de la civilización moderna nos describe a Taíco Estafilia, el último sarraceno, el último monje que no se rinde, desterrado tres veces, encerrado cinco años en un calabozo rodeado por el poster grupo de sus discípulos, lanza los rayos de su elocuencia sobre aquel pueblo de meretrices, de Césares y solistas, y sus últimas palabras son como los rayos del sol que se despidió, de un astro

por aquellas páginas corren van a terminar en la unidad que Menéndez y Pelayo veía en lontananza, aquel ideal supremo que reverberaba en las palabras del Sr. Pidal, la unidad a que tendía siempre su espíritu, sediento de verdad y de belleza. Yo me atrevería sintiénticamente a demostrarlo, aunque pudiera ampliar mucho la demostración.

Dios y el arte. Mirad un cuadro, el más perfecto que se os anteje, contemplad una campaña espléndida, observad una estatua maravillosa, y comparad todas las formas que queráis de la belleza, la campiña, el cuadro, la estatua. Un poema, una poesía lírica, un drama, una composición musical, todas las manifestaciones del arte, y decidme si cada una no responde a un tipo ideal de belleza que le sirve de norma. ¿Por qué juzgamos la estatua, por qué juzgamos el cuadro, por qué juzgamos los poemas de determinadas escuelas y los comparamos unos con otros? Es porque responde a un ideal que nos sirve de norma para juzgarlos. Pues bien; en todas estas clases y categorías de belleza debe haber alguna unidad común; si no la hubiera sería una variedad sin unidad, y el conjunto, por lo tanto, sería la anarquía, sería el desorden, la fealdad, y siendo ellas obras bellas, el conjunto no lo sería, lo cual es absurdo. Luego hay en ellas una unidad común; pero esa unidad común será una idea o será una realidad y un ejemplo; si es una idea, como concepto, será posterior a las cosas en que se encuentra realizada, y además, como es una unidad, es anterior a la variedad y no puede ser su resultado;

que trasponen el horizonte, anunciando los nuevos Césares que sustituirán a los antiguos, para que aquellos apóstatas que se levantaron contra Roma, deshicieron la unidad y traicionaron a los Cruzados, caigan bajo la cimitarra de Bayaceto. Este era el fatalismo que avanzaba sobre el Extremo Oriente y nosotros tuvimos que luchar contra los dos. En Flandes y en Mühlberg vencimos el fatalismo occidental de la protesta; en Lepanto, que ha sido en realidad la última Cruzada, hundimos en el golfo de Corinto, con la media luna aquel otro fatalismo oriental que venía a ensenorear sobre Europa. Suprimid la lucha de Flandes, suprimid la batalla de Mühlberg; suprimid la empresa heroica de Felipe II y de Don Juan de Austria, y veréis entonces como el fatalismo oriental que venía por Bizancio se hubiera posesionado de Europa, saltando sobre las ruinas de Viena avasallada y rendida; y después del primer choque de los Sultanes que venían de Oriente, con los Reyes-Papas, que para aligerar la tiranía de Roma, se habían puesto la Tiara sobre la Corona por la comunidad de principios y de oídos se habría formado una Federación de califos hereéticos y mudos, como la lámpara del santificado, desde la colina del Vaticano, lanzaría fuebles resplandores sobre el cadáver de la libertad y de la civilización europea. (Grandes aplausos).

Nadie comprendió mejor que Menéndez y Pelayo esas grandes empresas nacionales; pero él sabía que todo eso no lo había realizado España como por un esfuerzo gigantesco nacido sólo de sus propias fuerzas ingénuas y naturales; debió en gran parte, en la principal, a una fuerza sobrenatural que animaba todos los pechos españoles: fue la católica. Por eso en el amor de patriota se continúa siempre con la fe de creyente, y como no había sido así el que estudió como nadie nuestra Historia y nuestra literatura, sabía que esta Patria española goza de un privilegio que yo he señalado alguna vez, único que no tiene ningún pueblo de la tierra? Porque el Decálogo lo estableció Dios en el Sinaí, el Padre nuestro lo formularon los labios del Redentor, el Credo mismo salió como una fórmula del Cenculo; pero cuando la herética arrastra vino a alabar el dogma central del Cristianismo, fué un glorioso Obispo español, Ossio, el presidente del Concilio de Nicea, el que convirtió a Constantino, parece que tuvo el encargo providencial de redactar el símbolo que repite hoy la Cristiandad entera, y fué un Obispo español del siglo X, San Pedro de Mezonzo, como lo ha demostrado hasta la saciedad la crítica histórica, el que formuló la más dulce de las plegarias cristianas, la Salve, que después repitieron los cruzados en los arroyales de la Siria; él fue quien formuló, como más tarde, en el siglo XIII, fue de los labios y del corazón de un fraile español, Santo Domingo de Guzmán, de donde salió primero el Rosario, como una guirnalda de pensamientos amorosos, dedicados a la Virgen. (Grandes aplausos).

Así es que hemos enseñado a revar a la cristiandad entera, y cuando se repite el Credo cristiano, allí está la huella del pensamiento español de Ossio, y cuando murmura la Salve, allí está la de Santo Domingo de Guzmán. (Grandes aplausos). Por eso toda la literatura peninsular parece que nace como una flor al pie de la Virgen; así nace la literatura gallega en las Cantigas de Alfonso el Sabio; así nace la literatura catalana en el Descomor de Ramuntó de Lull; así la literatura castellana en la vida de Santa María Egipcíaca, y así nace hasta la prosa portuguesa en la Crónica religiosa del monasterio de San Vicente, donde las empreses de la Virgen se relatan. ¿Por qué sucede así? Porque, aun cuando la impiedad canta muchas veces triunfo y se enorgullece y enamezca con victorias fáciles, pero que, afortunadamente, para nuestro pueblo, no se han podido realizar nunca sin protestas gloriosas y sangrientas (Bien, bien); aunque se enorgullezca y se enamezca, tiene que reconocer, tan sólo con echar una mirada sobre la Historia y sobre el suelo nacional, que desde Covadonga hasta el pórtico de la Rábida, desde los Jerónimos de Belén hasta San Salvador de Leire, desde el Claustro del Silencio de Cortón hasta las ruinas gloriosas de Poblet y Salamaña, y por encima de todos ellos, la cruzada nacional y que se apoyan en el Pilar de Zaragoza como una profesión de fe de nuestra raza. (Grandes aplausos).

Pero Menéndez y Pelayo no era tan sólo artista, no era tan sólo patriota; era también filósofo y teólogo excelente. Yo voy a hablaros algo de la filosofía y de la teología de Menéndez y Pelayo. (Pausa). El orador mira al reloj. Me dicen aquí que descanse, y podría repetir la frase con que en una gran reunión celebrada en Barcelona en otro tiempo, contestaba yo a los que gritaban: también que descanse; «Cuando luchamos por Cristo no debemos descansar hasta caer rendidos de cansancio sobre el cadáver de nuestros enemigos». (Grandes aplausos).

No me fijo en el propio esfuerzo que estoy haciendo para limitar mi palabra; a lo que yo tengo miedo es a rebasar la frontera de vuestra paciencia. (Varias voces: Nunca, nunca). Pero si no es así, escuchadme unos momentos; procuraré sintetizar y ser breve. (Varias voces: No, no). Pues bien; quiero exponer algunas cosas que, a pesar de parecer abstractas, nos llevarán a conclusiones importantes, y que se refieren, por decirlo así, a las grandes ideas filosóficas y teológicas de Menéndez y Pelayo, extraídas como en síntesis de sus obras.

Los grandes peligros. Nosotros, no sólo luchamos por la grandera de nuestro pueblo y la expansión de nuestra raza; fuimos, como decía Menéndez y Pelayo, la gonzalonera de la Santa Sede y la amazona de la raza latina, los que salvamos a la civilización europea. ¡Ah! Hoy no nos fijamos en aquella hora solemne y crítica de la Historia. Dos fatalismos avanzaban sobre Europa: el fatalismo protestante de la Rín, la hincación necesaria y la justificación por la fe sola y sin las obras; si los protestantes no hubieran estado a más altura que su doctrina, habrían convertido al mundo en un calabozo y un presidio, y al mismo tiempo el fatalismo cesarista, que aparecía por Oriente sobre las ruinas de Bizancio.

Así como antes de que cayera bajo el dominio extranjero en Florencia aparece la figura grandiosa de Savonarola, como personificación de la Edad Media, y muestra a Lorenzo el Magnífico, moribundo, con su mano desahogada, un Crucifijo, condenando las inpuridades de su Corte corrompida; un gran historiador moderno, Godofredo Kurt, en los Orígenes de la civilización moderna nos describe a Taíco Estafilia, el último sarraceno, el último monje que no se rinde, desterrado tres veces, encerrado cinco años en un calabozo rodeado por el poster grupo de sus discípulos, lanza los rayos de su elocuencia sobre aquel pueblo de meretrices, de Césares y solistas, y sus últimas palabras son como los rayos del sol que se despidió, de un astro

que trasponen el horizonte, anunciando los nuevos Césares que sustituirán a los antiguos, para que aquellos apóstatas que se levantaron contra Roma, deshicieron la unidad y traicionaron a los Cruzados, caigan bajo la cimitarra de Bayaceto. Este era el fatalismo que avanzaba sobre el Extremo Oriente y nosotros tuvimos que luchar contra los dos. En Flandes y en Mühlberg vencimos el fatalismo occidental de la protesta; en Lepanto, que ha sido en realidad la última Cruzada, hundimos en el golfo de Corinto, con la media luna aquel otro fatalismo oriental que venía a ensenorear sobre Europa. Suprimid la lucha de Flandes, suprimid la batalla de Mühlberg; suprimid la empresa heroica de Felipe II y de Don Juan de Austria, y veréis entonces como el fatalismo oriental que venía por Bizancio se hubiera posesionado de Europa, saltando sobre las ruinas de Viena avasallada y rendida; y después del primer choque de los Sultanes que venían de Oriente, con los Reyes-Papas, que para aligerar la tiranía de Roma, se habían puesto la Tiara sobre la Corona por la comunidad de principios y de oídos se habría formado una Federación de califos hereéticos y mudos, como la lámpara del santificado, desde la colina del Vaticano, lanzaría fuebles resplandores sobre el cadáver de la libertad y de la civilización europea. (Grandes aplausos).

Nadie comprendió mejor que Menéndez y Pelayo esas grandes empresas nacionales; pero él sabía que todo eso no lo había realizado España como por un esfuerzo gigantesco nacido sólo de sus propias fuerzas ingénuas y naturales; debió en gran parte, en la principal, a una fuerza sobrenatural que animaba todos los pechos españoles: fue la católica. Por eso en el amor de patriota se continúa siempre con la fe de creyente, y como no había sido así el que estudió como nadie nuestra Historia y nuestra literatura, sabía que esta Patria española goza de un privilegio que yo he señalado alguna vez, único que no tiene ningún pueblo de la tierra? Porque el Decálogo lo estableció Dios en el Sinaí, el Padre nuestro lo formularon los labios del Redentor, el Credo mismo salió como una fórmula del Cenculo; pero cuando la herética arrastra vino a alabar el dogma central del Cristianismo, fué un glorioso Obispo español, Ossio, el presidente del Concilio de Nicea, el que convirtió a Constantino, parece que tuvo el encargo providencial de redactar el símbolo que repite hoy la Cristiandad entera, y fué un Obispo español del siglo X, San Pedro de Mezonzo, como lo ha demostrado hasta la saciedad la crítica histórica, el que formuló la más dulce de las plegarias cristianas, la Salve, que después repitieron los cruzados en los arroyales de la Siria; él fue quien formuló, como más tarde, en el siglo XIII, fue de los labios y del corazón de un fraile español, Santo Domingo de Guzmán, de donde salió primero el Rosario, como una guirnalda de pensamientos amorosos, dedicados a la Virgen. (Grandes aplausos).

Así es que hemos enseñado a revar a la cristiandad entera, y cuando se repite el Credo cristiano, allí está la huella del pensamiento español de Ossio, y cuando murmura la Salve, allí está la de Santo Domingo de Guzmán. (Grandes aplausos). Por eso toda la literatura peninsular parece que nace como una flor al pie de la Virgen; así nace la literatura gallega en las Cantigas de Alfonso el Sabio; así nace la literatura catalana en el Descomor de Ramuntó de Lull; así la literatura castellana en la vida de Santa María Egipcíaca, y así nace hasta la prosa portuguesa en la Crónica religiosa del monasterio de San Vicente, donde las empreses de la Virgen se relatan. ¿Por qué sucede así? Porque, aun cuando la impiedad canta muchas veces triunfo y se enorgullece y enamezca con victorias fáciles, pero que, afortunadamente, para nuestro pueblo, no se han podido realizar nunca sin protestas gloriosas y sangrientas (Bien, bien); aunque se enorgullezca y se enamezca, tiene que reconocer, tan sólo con echar una mirada sobre la Historia y sobre el suelo nacional, que desde Covadonga hasta el pórtico de la Rábida, desde los Jerónimos de Belén hasta San Salvador de Leire, desde el Claustro del Silencio de Cortón hasta las ruinas gloriosas de Poblet y Salamaña, y por encima de todos ellos, la cruzada nacional y que se apoyan en el Pilar de Zaragoza como una profesión de fe de nuestra raza. (Grandes aplausos).

Pero Menéndez y Pelayo no era tan sólo artista, no era tan sólo patriota; era también filósofo y teólogo excelente. Yo voy a hablaros algo de la filosofía y de la teología de Menéndez y Pelayo. (Pausa). El orador mira al reloj. Me dicen aquí que descanse, y podría repetir la frase con que en una gran reunión celebrada en Barcelona en otro tiempo, contestaba yo a los que gritaban: también que descanse; «Cuando luchamos por Cristo no debemos descansar hasta caer rendidos de cansancio sobre el cadáver de nuestros enemigos». (Grandes aplausos).

No me fijo en el propio esfuerzo que estoy haciendo para limitar mi palabra; a lo que yo tengo miedo es a rebasar la frontera de vuestra paciencia. (Varias voces: Nunca, nunca). Pero si no es así, escuchadme unos momentos; procuraré sintetizar y ser breve. (Varias voces: No, no). Pues bien; quiero exponer algunas cosas que, a pesar de parecer abstractas, nos llevarán a conclusiones importantes, y que se refieren, por decirlo así, a las grandes ideas filosóficas y teológicas de Menéndez y Pelayo, extraídas como en síntesis de sus obras.

Los grandes peligros. Nosotros, no sólo luchamos por la grandera de nuestro pueblo y la expansión de nuestra raza; fuimos, como decía Menéndez y Pelayo, la gonzalonera de la Santa Sede y la amazona de la raza latina, los que salvamos a la civilización europea. ¡Ah! Hoy no nos fijamos en aquella hora solemne y crítica de la Historia. Dos fatalismos avanzaban sobre Europa: el fatalismo protestante de la Rín, la hincación necesaria y la justificación por la fe sola y sin las obras; si los protestantes no hubieran estado a más altura que su doctrina, habrían convertido al mundo en un calabozo y un presidio, y al mismo tiempo el fatalismo cesarista, que aparecía por Oriente sobre las ruinas de Bizancio.

Así como antes de que cayera bajo el dominio extranjero en Florencia aparece la figura grandiosa de Savonarola, como personificación de la Edad Media, y muestra a Lorenzo el Magnífico, moribundo, con su mano desahogada, un Crucifijo, condenando las inpuridades de su Corte corrompida; un gran historiador moderno, Godofredo Kurt, en los Orígenes de la civilización moderna nos describe a Taíco Estafilia, el último sarraceno, el último monje que no se rinde, desterrado tres veces, encerrado cinco años en un calabozo rodeado por el poster grupo de sus discípulos, lanza los rayos de su elocuencia sobre aquel pueblo de meretrices, de Césares y solistas, y sus últimas palabras son como los rayos del sol que se despidió, de un astro

que trasponen el horizonte, anunciando los nuevos Césares que sustituirán a los antiguos, para que aquellos apóstatas que se levantaron contra Roma, deshicieron la unidad y traicionaron a los Cruzados, caigan bajo la cimitarra de Bayaceto. Este era el fatalismo que avanzaba sobre el Extremo Oriente y nosotros tuvimos que luchar contra los dos. En Flandes y en Mühlberg vencimos el fatalismo occidental de la protesta; en Lepanto, que ha sido en realidad la última Cruzada, hundimos en el golfo de Corinto, con la media luna aquel otro fatalismo oriental que venía a ensenorear sobre Europa. Suprimid la lucha de Flandes, suprimid la batalla de Mühlberg; suprimid la empresa heroica de Felipe II y de Don Juan de Austria, y veréis entonces como el fatalismo oriental que venía por Bizancio se hubiera posesionado de Europa, saltando sobre las ruinas de Viena avasallada y rendida; y después del primer choque de los Sultanes que venían de Oriente, con los Reyes-Papas, que para aligerar la tiranía de Roma, se habían puesto la Tiara sobre la Corona por la comunidad de principios y de oídos se habría formado una Federación de califos hereéticos y mudos, como la lámpara del santificado, desde la colina del Vaticano, lanzaría fuebles resplandores sobre el cadáver de la libertad y de la civilización europea. (Grandes aplausos).

Nadie comprendió mejor que Menéndez y Pelayo esas grandes empresas nacionales; pero él sabía que todo eso no lo había realizado España como por un esfuerzo gigantesco nacido sólo de sus propias fuerzas ingénuas y naturales; debió en gran parte, en la principal, a una fuerza sobrenatural que animaba todos los pechos españoles: fue la católica. Por eso en el amor de patriota se continúa siempre con la fe de creyente, y como no había sido así el que estudió como nadie nuestra Historia y nuestra literatura, sabía que esta Patria española goza de un privilegio que yo he señalado alguna vez, único que no tiene ningún pueblo de la tierra? Porque el Decálogo lo estableció Dios en el Sinaí, el Padre nuestro lo formularon los labios del Redentor, el Credo mismo salió como una fórmula del Cenculo; pero cuando la herética arrastra vino a alabar el dogma central del Cristianismo, fué un glorioso Obispo español, Ossio, el presidente del Concilio de Nicea, el que convirtió a Constantino, parece que tuvo el encargo providencial de redactar el símbolo que repite hoy la Cristiandad entera, y fué un Obispo español del siglo X, San Pedro de Mezonzo, como lo ha demostrado hasta la saciedad la crítica histórica, el que formuló la más dulce de las plegarias cristianas, la Salve, que después repitieron los cruzados en los arroyales de la Siria; él fue quien formuló, como más tarde, en el siglo XIII, fue de los labios y del corazón de un fraile español, Santo Domingo de Guzmán, de donde salió primero el Rosario, como una guirnalda de pensamientos amorosos, dedicados a la Virgen. (Grandes aplausos).

Así es que hemos enseñado a revar a la cristiandad entera, y cuando se repite el Credo cristiano, allí está la huella del pensamiento español de Ossio, y cuando murmura la Salve, allí está la de Santo Domingo de Guzmán. (Grandes aplausos). Por eso toda la literatura peninsular parece que nace como una flor al pie de la Virgen; así nace la literatura gallega en las Cantigas de Alfonso el Sabio; así nace la literatura catalana en el Descomor de Ramuntó de Lull; así la literatura castellana en la vida de Santa María Egipcíaca, y así nace hasta la prosa portuguesa en la Crónica religiosa del monasterio de San Vicente, donde las empreses de la Virgen se relatan. ¿Por qué sucede así? Porque, aun cuando la impiedad canta muchas veces triunfo y se enorgullece y enamezca con victorias fáciles, pero que, afortunadamente, para nuestro pueblo, no se han podido realizar nunca sin protestas gloriosas y sangrientas (Bien, bien); aunque se enorgullezca y se enamezca, tiene que reconocer, tan sólo con echar una mirada sobre la Historia y sobre el suelo nacional, que desde Covadonga hasta el pórtico de la Rábida, desde los Jerónimos de Belén hasta San Salvador de Leire, desde el Claustro del Silencio de Cortón hasta las ruinas gloriosas de Poblet y Salamaña, y por encima de todos ellos, la cruzada nacional y que se apoyan en el Pilar de Zaragoza como una profesión de fe de nuestra raza. (Grandes aplausos).



CORRIDA EXTRAORDINARIA

Mazzantinito-Vázquez-Malla

SEIS TOROS DE BAÑUELOS

A la hora indicada, las cuadrillas hacen el paseillo, y no hay palmas. En cambio, se ovaciona al buen Gabriel por un magnífico traje de luces, grana y oro, que estrena y que le ha sido confeccionado por el populoso Manolo Retana...

Un pinchazo en lo alto, cerniendo el bicho la cabeza, y a continuación una estocada buena, entrando bien y sacando del embroque un fortísimo golpe en el estomago.

Primerero. Otro colorao, ojo de perdiz, joven y apañado de pitones. Después de unos lances de Vázquez se empieza la pelea de varas, mostrándose el bicho mucho más bravo que sus difuntos hermanos...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Segundo. Del pelo del anterior, chico, flacucho, desarrollado de pitones, por la poca edad que tiene, y manso, al juzgar por los extraños que hace en los primeros capotazos.

Seis. Después de un desarme y varias coladas, pincha el diestro en lo duro, y a continuación una corta, ladeada. Media, perpendicular, y como final un goletazo.

Tercero. Castaño, más gente que el anterior y bien colocado de pitones. Vázquez da un recorte a medio capote, viéndose apañadillo, y a continuación, y en dos tiempos, instrumenta Malla varias lances que sólo tienen en su favor la buena voluntad del vallecano.

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Cuarto. Retinto, zancudo, feo, basto, largo de pitones. Tomás Alarcón sacude el capotillo varias veces para poner el toro en suerte y que empiece la de varas, que consta de cuatro puzazos, y en la que el cornipete se arranca a los picapedreros con voluntad y no poco poder.

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

Quinto. Del mismo pelo que el anterior y bien armado. Mansurroncando, y después de cuarenta minutos de citas y más citas, con toreros a todas partes, se consigue hacer tomar tres varas a este manso...

recho para dejar una estocada hasta la bola que hace rodar al toro sin puntilla. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Sexto. Sigue la ovación a Pacorro. Rifeño, negro, grande y escaso de pitones. Hipólito lancea sin fú ni fá, y el toro, que es bravo de verdad, acude con coraje a los de arriba.

ER ZERÓ MANUE TETUÁN Grave cogida de Cocherito de Madrid. Con la Plaza completamente llena se ha celebrado esta tarde la anunciada novillada, en la que las cuadrillas de Jaqueta, Cocherito de Madrid y Pastoret se las han entendido con tres reses de Peñalver, y otras tres de Bertel, antes de la marquesa viuda de Cúlar.

Jaqueta quedó regularmente en su primer toro, lo mismo que en el segundo, que estuvo en la institución de Cocherito de Madrid, que resultó cogido. En el segundo toro y en el segundo que correspondía al herido, Jaqueta estuvo muy valiente y muy torero, oyendo dos ovaciones y cortando una oreja.

Cocherito de Madrid empieza su faena en su primer toro, que es el segundo de la tarde, y al entrar a matar fué enganchado y derribado por el animal. Al levantarse del suelo trató de ir por su pie a la enfermería, pero no pudo sostenerse y hubo de ser llevado por las asistentes. La cogida ha sido aparatosa, y según se cree el diestro ya herido en el pecho.

Pastoret estuvo regular en su primer toro, y afortunadamente en el que cerró Plaza, que usó muy bien, escuchando grandes aplausos.

PARTE FACULTATIVO Durante la lidia del segundo toro ha ingresado en esta enfermería el matador José Fernández, Cocherito de Madrid, que sufre una cornada de tres centímetros de longitud, situada en la región torácica en su lado izquierdo, que interesa la pleura y el pulmón. Su estado es gravísimo.—Doctor Rodríguez.

EN PROVINCIAS POR TELÉGRAFO (DE NUESTRO SERVICIO EXCLUSIVO) EN BARCELONA Ocho toros del duque de Veragua y de Moreno Santamaría, para Machaquito, Vicente Pastor, Galillo y Manolito.

BARCELONA 9. 19.50. La Plaza Nueva ofrece un espléndido golpe de vista. No hay una localidad vacía. A la hora en punto aparecen en el palco de la presidencia media docena de hermosísimos machucos, con moñecos y claveles, que son recibidos con una ovación.

En el mismo palco se sienta un tal Rafael Guerra, Gurrerita, que asesorará a las presidentes y que también es ovacionado. ¡Viva Córdoba!

Las cuadrillas hacen el paseio, el alguacilillo le pide las llaves al usero, tiende los aires el estridor de un clarín que suena, desenfaja sus lances enormes los chiqueros en un botezo de sus puertas que se abren... y sale a la arena el toro.

Primerero. Machaco le sale al encuentro y da unos lances muy aplaudidos; con objeto de preparar al animal para el tercio de varas, al que el vallecano entra con puer y bravura en seis varas, tres de ellas con desarme, dejando dos puzazos para hacer kornec-bef.

El niño de las de González está trabajadillo y afortunado, haciendo que de oportunidad. Cambiado el tercio, toma Rafael las banderillas y llegando bien coloca medio par al cuarto.

Cierran el tercio con tres buenos pares Cantimplas y Camará. Machaquito despliega la muleta en la cara de su aristocrático enemigo y entre olés hace una faena de valiente, entrando a matar como él sabe y dejando una estocada superior, que finiquita. (Ovación.)

Segundo. Lleva la divisa de la ganadería del señor Moreno Santamaría y es negro y escuadrado de carnes. El ex Chico de la Blusa intenta recoger al cornipete, a cuyo efecto lo lanza, yéndose el toro sobre los piqueros, de los que toma seis varas, por dos caballos muertos.

Aranguito y Moreno de Valencia instrumentan con afinación el segundo tercio, y vemos a Vicente lidiado a mantazos con el toro. La faena de Pastor es deslucidilla y algo pesosa, pero a la hora de diñar la muleta coloca media estocada de esas que tienen la propiedad de hacer doblar a los toros.

El público aplaude y Vicentillo se ve obligado a cortar la oreja al difunto. Tercero. Negro, fino de tipo, de buen tamaño y flegado de las dehesas de Véragua. Galillo da una gran cantidad de venónicas en diversos tiempos de baile, que nos impiden saber si asistimos a una corrida de toros ó a una sesión de pás-a-quatre.

En el primer tercio nada digno de croniquear. Gallito coge los palitos, y previa su preparación correspondiente, los deja guapamente sobre el toro. Luego empuña los avios, retira a su gente y da un pase en redondo de buena manera, al último tercio con una seda y sin perder la bravura que demostró en el primero, mereciendo otra muerte más digna que la que se le dió. He dicho.

Cuarto. Vidriero, negro. Hipólito lancea muy movido, saliendo dos veces enganchado, pero sin consecuencias lamentables. El público pide que no se pique; pero el novillo, que es bravo, quiere pelea, acometiendo con ganas. Compartito y Roda cumplen con los palos. Mejor Roda. Hipólito muleta valiente; deja un pinchazo sin soltar; más pases y otro pinchazo; otro ídem, y termina con media atravesada y algo caída. Descabella a la primera. (Pitos y palmas; más de los primeros.)

el quinto lugar corresponde a un bicho de Moreno, que es negro y bravo, cosa que aprovecha Machaco, recogiendo en el capote y filigraneando artísticamente en medio del general aplauso.

Recalcao y Camará, cumplen. Machaquito da unos superiorísimos pases, estando el chiquillo valiente de verdad, torero de verdad y solo, completamente... solo con el toro.

Coloro, b'en puesto de cabeza y grande como sus difuntos hermanos de los prados veragüeños. A pesar de lo cual, sus primeras declaraciones son completamente de buey perado, pues salteándose sueto acepta cuatro varas por una caída.

Los rehileteros, incoloros. Pastor se va al amigo, que está entablado, haciendo una faena muy inteligente para sacar de allí al bruto. Una media estocada algo pasada acaba con el toro.

Sexto. Al número siete, que es de Moreno, torero es el Galito, que le da unos lances, queriendo entusiasmar; pero como la cosa no es pa tanto, cada espectador parece un marañillo.

Lo cual, visto por Rafael, se retira modestamente, dejando al cornipete en libertad para hablar con los picadores, conversación que no tuvo ni tanto así de interesante. Gallito pone dos pares, uno caído y otro bueno.

Los aficionados continúan representando el Teoporo. ¡Todos son estafas frías! Con un muleta, D. Rafael Gómez hace una faena sin incidentes, desmañada... y malita... malita sin distinguir.

Del modo más feo que imaginarse puede y volviendo el rostro cobrón, larga hasta tres puzazos, acertando al segundo descabello.

EN GRANADA Toros de Concha y Sierra. Lagartijillo, Cocherito y Regaterín. En la Plaza hay un formidable lleno, de seso de presenciar la tercera corrida de feria.

Primerero. Lagartijillo le recorta de salida, dándole cinco lances muy buenos. El toro, que es grande y cornalón, toma seis varas de los de tanda, matando una sandina.

Los maestros Lagartijillo y Cocherito hacen buenos quites, escuchando palmas. Los banderilleros cumplen. Lagartijillo hace una faena ceñida y adornada, de más valor que inteligencia, y entrando bien, pincha tres veces, agrando por último un superior volapié. (Defunción y muchas palmas.)

Segundo. Negro, veletó. Cocherito entusiasma jugando y adornándose con el toro, que toma con codicia seis varas de los de aupa, pero demostrando poco poder.

El segundo tercio, regular, a cargo de Aranguito y Pulza. Cocherito muleta, ayudado por algunos pases de su cuadrilla, y en cuanto puede, reanuda una estocada delantera y caída, que mata al toro.

Tercero. Catalán, un bonito tipo de toro de lidia. En regular pelea se acerca a los piqueros cinco veces, matándose un caballo. El toro resulta animado, porque los maestros se lucen en quites.

Regaterín deja un par de frente, repitiendo con medio más. Cierra el tercio Mojino. Cuando el torero madrileño empieza la faena de muleta, voces de ¡fuego, fuego!, que se oyen en la plaza, llevan la alarma a todos los presentes, hasta el punto de que mucha gente abandona los asientos y se tira al redondel.

Regaterín, comprendiendo lo que puede pasar, se va el toro, y rápidamente lo despacha de una estocada. Después de algunos momentos de confusión, logra saberse que todo ello es hijo de una falsa alarma, y la tranquilidad renace.

Cuarto. Milagrero, de buen tamaño, jaborero. Lagartijillo consigue fijarlo con unos buenos lances, que se aplauden. Cinco varas, por cinco vueltas y un penquidico componen el primer tercio.

Cepillero y Sardinero adornan el segundo con cuatro buenos pares. (Palmas a los rehileteros.) Lagartijillo hace franca, valiente y metido en los pitones de la res. La faena es coracada por el público con olés.

Una estocada superior y descabella a pulso. (Ovación y oreja.) Quinto. Berrendo en colorao y atendiendo por Coñe. En el primer tercio hay cuatro varas, dos caídas y un caballo desanzurrado, a más de unos buenos lances de Cocherito. El bilbaíno, después de una lucida preparación, coloca en tres viajes cinco pares de garapillos. (Palmas.)

EN SAN SEBASTIÁN Larita, cogido. SAN SEBASTIÁN 9. 20.21. Toros de Lionisio Peláez. Cinco buenos y uno feuguabo Matarón 10 caballos.

EN ALGECIRAS Vázquez, Araujo, Rafael Gómez. ALGECIRAS 9. 20.50. Los toros de Pérez de la Concha, difíciles. Matarón seis caballos. Vázquez 11, muy valiente. Araujo, superior. Rafael Gómez, desgraciado.

EN BILBAO Ale y Torquillo Chico. BILBAO 9. 23. La tarde, desapacible, no ha restado gente, y con buena entrada se celebró la corrida.

EN SEVILLA Corrida de miuras. SEVILLA 9. 20.15. Se ha verificado la corrida de novillos con un lleno completo, debido a la rebaja de precios acordada por la empresa.

EN MADRID Toros de Concha y Sierra. Lagartijillo, Cocherito y Regaterín. En la Plaza hay un formidable lleno, de seso de presenciar la tercera corrida de feria.

Primerero. Lagartijillo le recorta de salida, dándole cinco lances muy buenos. El toro, que es grande y cornalón, toma seis varas de los de tanda, matando una sandina.

Los maestros Lagartijillo y Cocherito hacen buenos quites, escuchando palmas. Los banderilleros cumplen. Lagartijillo hace una faena ceñida y adornada, de más valor que inteligencia, y entrando bien, pincha tres veces, agrando por último un superior volapié. (Defunción y muchas palmas.)

Segundo. Negro, veletó. Cocherito entusiasma jugando y adornándose con el toro, que toma con codicia seis varas de los de aupa, pero demostrando poco poder.

El segundo tercio, regular, a cargo de Aranguito y Pulza. Cocherito muleta, ayudado por algunos pases de su cuadrilla, y en cuanto puede, reanuda una estocada delantera y caída, que mata al toro.

Tercero. Catalán, un bonito tipo de toro de lidia. En regular pelea se acerca a los piqueros cinco veces, matándose un caballo. El toro resulta animado, porque los maestros se lucen en quites.

Regaterín deja un par de frente, repitiendo con medio más. Cierra el tercio Mojino. Cuando el torero madrileño empieza la faena de muleta, voces de ¡fuego, fuego!, que se oyen en la plaza, llevan la alarma a todos los presentes, hasta el punto de que mucha gente abandona los asientos y se tira al redondel.

Regaterín, comprendiendo lo que puede pasar, se va el toro, y rápidamente lo despacha de una estocada. Después de algunos momentos de confusión, logra saberse que todo ello es hijo de una falsa alarma, y la tranquilidad renace.

Cuarto. Milagrero, de buen tamaño, jaborero. Lagartijillo consigue fijarlo con unos buenos lances, que se aplauden. Cinco varas, por cinco vueltas y un penquidico componen el primer tercio.

Cepillero y Sardinero adornan el segundo con cuatro buenos pares. (Palmas a los rehileteros.) Lagartijillo hace franca, valiente y metido en los pitones de la res. La faena es coracada por el público con olés.

Una estocada superior y descabella a pulso. (Ovación y oreja.) Quinto. Berrendo en colorao y atendiendo por Coñe. En el primer tercio hay cuatro varas, dos caídas y un caballo desanzurrado, a más de unos buenos lances de Cocherito. El bilbaíno, después de una lucida preparación, coloca en tres viajes cinco pares de garapillos. (Palmas.)

EN SEVILLA Corrida de miuras. SEVILLA 9. 20.15. Se ha verificado la corrida de novillos con un lleno completo, debido a la rebaja de precios acordada por la empresa.

EN MADRID Toros de Concha y Sierra. Lagartijillo, Cocherito y Regaterín. En la Plaza hay un formidable lleno, de seso de presenciar la tercera corrida de feria.

Primerero. Lagartijillo le recorta de salida, dándole cinco lances muy buenos. El toro, que es grande y cornalón, toma seis varas de los de tanda, matando una sandina.

Los maestros Lagartijillo y Cocherito hacen buenos quites, escuchando palmas. Los banderilleros cumplen. Lagartijillo hace una faena ceñida y adornada, de más valor que inteligencia, y entrando bien, pincha tres veces, agrando por último un superior volapié. (Defunción y muchas palmas.)

TARRAGONA Han llegado de Barcelona el marqués de Camps, los Sres. Elías de Molins, Bellaca y otras personalidades agrícolas, en unión del Consejo regional de la Unión de Viticultores de Cataluña.

Se ha celebrado el mitin de la Unión de Viticultores de Cataluña, presidido por los Sres. Puig de Labellacasa, alcalde, presidente de la Cámara Agrícola y los diputados Mestres y Elías de Molins.

En la mesa presidencial tomaron asiento el presidente del Consejo regional, el gobernador civil de la provincia y el alcalde de Tarragona.

Asistieron lucidas representaciones de los Colegios agrícolas de esta provincia. En el banquete reinó una íntima expansión y una fraternal alegría.

Se ha celebrado un banquete en honor del Consejo regional de la Unión de Viticultores de Cataluña.

EN LISBOA Los huelguistas de la Compañía de tranvías han acordado pedir al Gobierno anule el contrato entre el Municipio de Lisboa y la Compañía de tranvías eléctricos.

EN EL HAVRE Al disponerse a zarpar para Nueva York el trasatlántico-correo France, los chauffeurs, marineros y demás operarios, en número de 500, pidieron aumento de jornal, y en vista de que les fue negada su petición, abandonaron el buque, teniendo que diferirse por este motivo la salida del Franca.

EN LAS PALMAS Como consecuencia de la falta de actividad del Gobierno en resolver el problema canario, dejando que cada vez tomen más cuerpo las rivalidades entre las islas, preparanse mítines y manifestaciones y una Asamblea magna, con asistencia de todos los alcaldes de las Canarias Orientales.

EN EL HAVRE Al disponerse a zarpar para Nueva York el trasatlántico-correo France, los chauffeurs, marineros y demás operarios, en número de 500, pidieron aumento de jornal, y en vista de que les fue negada su petición, abandonaron el buque, teniendo que diferirse por este motivo la salida del Franca.

EN LAS PALMAS Como consecuencia de la falta de actividad del Gobierno en resolver el problema canario, dejando que cada vez tomen más cuerpo las rivalidades entre las islas, preparanse mítines y manifestaciones y una Asamblea magna, con asistencia de todos los alcaldes de las Canarias Orientales.

EN EL HAVRE Al disponerse a zarpar para Nueva York el trasatlántico-correo France, los chauffeurs, marineros y demás operarios, en número de 500, pidieron aumento de jornal, y en vista de que les fue negada su petición, abandonaron el buque, teniendo que diferirse por este motivo la salida del Franca.

EN LAS PALMAS Como consecuencia de la falta de actividad del Gobierno en resolver el problema canario, dejando que cada vez tomen más cuerpo las rivalidades entre las islas, preparanse mítines y manifestaciones y una Asamblea magna, con asistencia de todos los alcaldes de las Canarias Orientales.

EN EL HAVRE Al disponerse a zarpar para Nueva York el trasatlántico-correo France, los chauffeurs, marineros y demás operarios, en número de 500, pidieron aumento de jornal, y en vista de que les fue negada su petición, abandonaron el buque, teniendo que diferirse por este motivo la salida del Franca.

EN LAS PALMAS Como consecuencia de la falta de actividad del Gobierno en resolver el problema canario, dejando que cada vez tomen más cuerpo las rivalidades entre las islas, preparanse mítines y manifestaciones y una Asamblea magna, con asistencia de todos los alcaldes de las Canarias Orientales.

EN EL HAVRE Al disponerse a zarpar para Nueva York el trasatlántico-correo France, los chauffeurs, marineros y demás operarios, en número de 500, pidieron aumento de jornal, y en vista de que les fue negada su petición, abandonaron el buque, teniendo que diferirse por este motivo la salida del Franca.

EN LAS PALMAS Como consecuencia de la falta de actividad del Gobierno en resolver el problema canario, dejando que cada vez tomen más cuerpo las rivalidades entre las islas, preparanse mítines y manifestaciones y una Asamblea magna, con asistencia de todos los alcaldes de las Canarias Orientales.

EN EL HAVRE Al disponerse a zarpar para Nueva York el trasatlántico-correo France, los chauffeurs, marineros y demás operarios, en número de 500, pidieron aumento de jornal, y en vista de que les fue negada su petición, abandonaron el buque, teniendo que diferirse por este motivo la salida del Franca.

EN LAS PALMAS Como consecuencia de la falta de actividad del Gobierno en resolver el problema canario, dejando que cada vez tomen más cuerpo las rivalidades entre las islas, preparanse mítines y manifestaciones y una Asamblea magna, con asistencia de todos los alcaldes de las Canarias Orientales.

Sociedad "Excelsior" Cooperativa Auto-Industrial
Representación exclusiva de la LORRAINE DIETRICH
El coche más silencioso y económico.-SALAS, 5.-TELÉFONO 3.826.

Religiosas

Santos y cultos de hoy.

Santa Margarita, vírgen; Santos Primitivo, Basilio, Zacarías, Timoteo, Crispino, Restituto y Maximino, mártires, y Santos Asterio y Censuro, confesores.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la parroquia de San Antonio de la Florida, y continúa la novena a su titular, predicando por la tarde, a las seis, D. Bernardo Machuca.

En la Catedral, Encarnación, Dozalzas, Alarcón y Góngora sigue la Octava al Santísimo. En las Carboneras ídem la novena por la tarde, a las cinco.

En las Monjas del Sacramento ídem ídem, predicando en la misa, a las diez, D. Julio Graña, y por la tarde, a las seis y media, D. Angel Ruan.

En San Ildefonso continúa solemnemente al Corazón de Jesús, siendo orador en la misa, a las diez, D. Nicolás Balme, y por la tarde, a las seis, don Juan Carrillo.

En las Salinas (San Bernardo) continúa solemnemente al Corazón de Jesús, por la tarde, a las cinco, y será orador el padre Oliver Copons.

En San Martín, por la tarde, a las cinco y media, continúa solemnemente al Corazón de Jesús, y predicará el padre Salvador de la Madre de Dios.

En la iglesia de la Compañía ídem ídem, a las cinco y media, el padre Luis González Navarro.

En San Pascual ídem ídem, D. Angel Ruan.

En la iglesia del Anillo de Huelva, D. Claudio Coello ídem, el padre Ludovico de los Sagrados Corazones.

En las Monjas Maravillas (Príncipe de Vergara, 11) ídem ídem, el padre Gabriel Ordior.

En San Ginés ídem, el muy ilustre señor don Gregorio Sancho.

En las Salinas (Santa Encarnación) ídem, el padre Luis de Málaga.

En las Monjas de Santa María de la Encarnación ídem, D. Manuel López Anaya.

En San José ídem ídem, a las seis y media, predicará el muy ilustre señor don Diego Tortosa.

En el Salvador ídem, a las seis y media, D. Juan Francisco López.

En San Andrés ídem, D. Mariano Benedito.

En Santiago ídem, el padre Dámaso Puertes.

En San Jerónimo ídem, el padre Quiroga.

En la parroquia de Santa Teresa ídem, el padre Gerónimo Jarama.

En el Buen Suceso ídem, don Gerónimo Guzmán Rubiera.

En Calizares ídem, el padre Celarino Lavieja.

En las Comendadoras ídem, el señor capellán.

En San Marcos ídem, a las seis y media, D. Imas Calpena.

En la iglesia de San Antonio de los Baños ídem, D. Antonio González Pareja.



Esta ciencia, especialísima para automóviles, sin que ninguna otra la supere, se halla de venta en todos los garages en bichones de cinco y nueve litros. Prefírase este último envase por su menor peso, por su mayor baratura y porque, dada su forma plana, se acomoda mejor en el coche. Todos los bichones llevan el precinto con la indicación CLAVILEÑO y las iniciales de la casa Foucaud y Provot. Deberán desconfiar los compradores de los bichones que no conserven intacto este precinto.

Oficinas: FERNANFLOR, 6. pral.

FABRICA Y ALMACENES DE BRONCE

PRIMERA CASA EN ESPAÑA
ESPECIALIDAD EN ARTICULOS PARA EL CULTO DIVINO
Candeleros, candelabros, lámparas, luminarias, arañas, candeleros, candeleros, candeleros...

FABRICA-ORFEBRIA DE SAN SEBASTIAN DE ORTIZ-ARAUS
ATOCHA, 55 (al lado de la Iglesia).
MADRID. Teléfono 2.706.
CASA FUNDADA EN EL AÑO 1760.

Juan Carrara é Hijos

CALLE REAL, GIBRALTAR
Agencia de vapores trasatlánticos para el Brasil y la Argentina

Servicio de las importantes líneas Postales Italianas, ITALIA y la LIGURE BRASILIANA
Próximas salidas (salvo cancelación ó variación) PARA SANTOS Y BUENOS AIRES

METALÚRGICA MADRILEÑA

Gran fábrica de objetos para el CULTO DIVINO, en bronce y metal blanco plateado. Cubiertos y servicio de mesa en PLATA MADRID.

Amores y Guineas

BARQUILLO, NÚM. 25.—TELÉFONO 3.498
Pídase el catálogo ilustrado.

LA RECONQUISTA DE GRANADA

Poema histórico y social por Enrique Carretero. Tres pesetas (primer tomo), 0'25 para el certificado. 14, Atocha, 14.—El Intercambio Gráfico.

Almacén de tejidos

Sevilla, 16
Popelines estampados de Alasia y Sui-za. Géneros blancos. Medias muselinas y mallas, marca Victoria. Lanería, bordados, puntillas, Panamás, Driles y piques para trajes de playa.

CASA DE JESÚS.-BOLSA, 10. 1.º

No hay quien venda muebles y camas, más barato que esta casa. Se amueblan hoteles y casas de campo a precios módicos. Bolsa, 10, 1.º (Orilla de Santa Cruz).

COMPRO

perlas, oro, plata, platino, piedras finas, encajes, abanicos; pago bien; ver y creer. Fuencarral, 29, frente a Infantas.

ANUNCIOS

Gran Relojería de Paris

FUENCARRAL, 59, MADRID
Llamamos la atención sobre este nuevo reloj, que seguramente será apreciado por todos los que sus ocupaciones les exigen saber la hora fija de noche, lo cual se consigue con el mismo sin necesidad de recurrir a cerillas, etc.

EL FANTASTICO

Gran facilidad de la Casa a los señores sacerdotes para adquirir este reloj. En caja níquel con buena máquina garantizada, caja metálica extraplano... 25 pesetas. Ídem, máquina extra, áncora, tubos... 35 pesetas.

FOTOGRAFÍA MORODER

Doce postales, tres pesetas. 44, MONTERA, 44

ACREDITADOS TALLERES del escultor

VICENTE TENA
Imágenes, Altares y toda clase de carpintería religiosa. Actividad demostrada en los múltiples encargos, debido al numeroso é instruido personal.

AL TODO DE OCASION

FUENCARRAL, 45
Compra y venta alhajas, pianos, pianolas, abanicos antiguos, miniaturas, esmaltes, telas antiguas, antigüedades, máquinas de escribir, aparatos fotográficos y papeletas de Monte.

Nuevos precios de cintas para empaquetar

600 metros de cinta vegetal... vale 2,65 ptas. 100 metros de cinta de seda... vale 3,75 » 300 metros de cordón fantasía... vale 2,00 » Aparato porta-carretes... vale 6,00 »

DOMUS AUREA

vende el calzado más selecto de España. Especialidad para primera comunión. FUENCARRAL, 39 Y 41

Ornamentos de iglesia

GARCIA MUSTIELES
34, Mayor, 34
Surtido especial en toda clase de artículos para el culto divino. PÍDANSE CATALOGOS Y MUESTRAS

Agencia de publicidad STORR

PROPIETARIO EMILIO COLOMINA
La más antigua de Madrid. Precios sin competencia para anuncios, reclamaciones, noticias, aniversarios, etc.

PERIÓDICOS QUE SE VENDEN EN EL

Kiosco de EL DEBATE
El Correo Español... Madrid. El Siglo Futuro... Madrid. El Universo... Madrid.

Forma de hacer fortuna

Lo consigne toda casa que trabaja á altas y bajas precios, como lo hace la casa Somoza, Monterá, 5. Las tarifas, condiciones de todo el público, el corte y confección acreditado de esta casa, ha sido premiada con la elección que para su suministro han hecho La Federación Nacional Escolar, La Cooperativa del Real Cuerpo de Alabarderos, ídem de la Casa de la Moneda y la Sociedad Hispano Trus.

MANUAL DEL FUMADOR

Métodos prácticos para preparar el tabaco desde su corte y convertirlo en humo de primera. Lo mismo puede hacerse con el tabaco corriente. Precio: 1 pta. y 1,25 certificado. Atocha, 14. El Intercambio Gráfico.

Con 30 por 100 de economía vendemos bonitos objetos en plata y en oro para regalos.

Para 1.ª comunión medallas y cruces. Relojos para bolsillo desde 5 ptas. JOYERÍA Y RELOJERÍA LOPEZ HERMANOS 13, MONTERA, 13 SE COMPRO ORO, PLATA Y PLATINO

Compraventa, reparación y Accesorios de automóviles
Servicios de la Compañía Transatlántica
Línea de Filipinas
Línea de New-York, Cuba y Méjico
Línea de Venezuela-Colombia
Línea de Buenos Aires
Línea de Fernando Póo

MANUEL CANOSA
Bateria de Cocina, Cubiertos y servicio de mesa, Heladoras, Filtros, Jaulas, Botellas para conservar las bebidas frías ó calientes 48 horas.
MENAJE COMPLETO DE CASA ESPOZ Y MINA, 2
Grageas keráticas de yoduro potásico calcinado ESPECTACULOS PARA HOY
DEBATE
Kiosco de EL DEBATE
OBRAS DE VENTA EN ESTE KIOSCO
"LA CAMPAÑA DEL RIF EN 1909" Nueva edición
LAS GRANDES INSTITUCIONES DEL CATOLICISMO
Órdenes monásticas INSTITUTOS MISIONEROS
EL REGIMEN REPRESENTATIVO ORGANICO
LA REVELACION, SU NECESIDAD, SUS CRITERIOS
EL MODERNO PARLAMENTO
EL REGIMEN REPRESENTATIVO ORGANICO
LA REVELACION, SU NECESIDAD, SUS CRITERIOS
EL MODERNO PARLAMENTO

MANUEL CANOSA

Bateria de Cocina, Cubiertos y servicio de mesa, Heladoras, Filtros, Jaulas, Botellas para conservar las bebidas frías ó calientes 48 horas.

MENAJE COMPLETO DE CASA ESPOZ Y MINA, 2

Grageas keráticas de yoduro potásico calcinado ESPECTACULOS PARA HOY

DEBATE
Kiosco de EL DEBATE
OBRAS DE VENTA EN ESTE KIOSCO

"LA CAMPAÑA DEL RIF EN 1909" Nueva edición

Se ha puesto á la venta segunda edición de La campaña del Rif en 1909. (Juicio de un testigo), compuesta sobre apuntes tenidos en el teatro de la guerra, durante la heroica campaña, por nuestro querido compañero de Redacción D. Fernando de Urquijo (Curro Vargas).

LAS GRANDES INSTITUCIONES DEL CATOLICISMO

Órdenes monásticas INSTITUTOS MISIONEROS
Por Don Severino Aznar.—Precio, 3 pesetas.

EL REGIMEN REPRESENTATIVO ORGANICO

LA REVELACION, SU NECESIDAD, SUS CRITERIOS
EL MODERNO PARLAMENTO

EL MODERNO PARLAMENTO

Se admiten suscripciones para EL DEBATE en este kiosco.

Forma de hacer fortuna

Lo consigne toda casa que trabaja á altas y bajas precios, como lo hace la casa Somoza, Monterá, 5. Las tarifas, condiciones de todo el público, el corte y confección acreditado de esta casa, ha sido premiada con la elección que para su suministro han hecho La Federación Nacional Escolar, La Cooperativa del Real Cuerpo de Alabarderos, ídem de la Casa de la Moneda y la Sociedad Hispano Trus.

MANUAL DEL FUMADOR

Métodos prácticos para preparar el tabaco desde su corte y convertirlo en humo de primera. Lo mismo puede hacerse con el tabaco corriente. Precio: 1 pta. y 1,25 certificado. Atocha, 14. El Intercambio Gráfico.

Con 30 por 100 de economía vendemos bonitos objetos en plata y en oro para regalos.

Para 1.ª comunión medallas y cruces. Relojos para bolsillo desde 5 ptas. JOYERÍA Y RELOJERÍA LOPEZ HERMANOS 13, MONTERA, 13 SE COMPRO ORO, PLATA Y PLATINO